NUEVA DIMENSION

Jean Galot

EUCARISTIA
misterio y vida

JEAN GALOT

Eucaristía, misterio y vida

oraciones eucarísticas

SEGUNDA EDICION

EDITORIAL VERBO DIVINO
ESTELLA (Navarra) ESPAÑA
1974

Tradujo: *Clemente de la Serna* . Título original: *Découvrir l'Eucharistie . Vivre l'Eucharistie* . *Censor:* Antonio Roweda, SVD. *Imprímase:* Pedro M.ª Zabalza, provic. gral., Pamplona 15 de setiembre de 1972 . Depósito Legal: NA. 433-1974 . Printed in Spain . Es propiedad . © Duculot-Lethielleux 1970 - © Editorial Verbo Divino 1972. Talleres gráficos: Editorial Verbo Divino, Estella.

ISBN 84 7151 075 8

PRESENTACION

¿Cómo meditar en la eucaristía para asimilar toda su riqueza? Siempre son útiles las exposiciones doctrinales en este esfuerzo de meditación. Sin embargo, aquí proponemos otro camino de penetración en el misterio: oraciones eucarísticas, cada una de las cuales desarrolla un tema particular. Así, gracias al mismo movimiento de la oración, la eucaristía penetra de una manera más profunda en la inteligencia y en el corazón.

Pero la meditación eucarística se alimenta con más facilidad de una oración que se adapta al marco mismo de la celebración. Gracias a oraciones de esta clase la celebración puede ser pensada nuevamente, puede ser revalorizada interiormente en el espíritu de cada uno, puede enriquecerse con un contenido siempre renovado. Al seguir los textos litúrgicos aprobados por la autoridad, evocará lo que se ha meditado personalmente y será más intensamente vivida en sus diversos aspectos.

De este modo quedará mejor asegurada una participación profunda en la acción litúrgica. Para que esta acción no sea puramente externa en aquellos que participan en

ella y para que la rutina no disminuya su vitalidad, se requiere siempre un esfuerzo de contemplación y de oración íntima. Estas meditaciones, que tienen la forma de la oración eucarística, ayudarán a hacer de la eucaristía una oración más rica y más auténtica.

*

Descubrir la eucaristía para así vivirla más profundamente, es el objetivo de las oraciones eucarísticas que integran la primera parte de este libro. El objetivo de la segunda es el mismo, ofrecer una nueva serie de oraciones eucarísticas, así como oraciones del ofertorio, oraciones que glosan el "Padre nuestro" y oraciones para antes de la comunión.

La variedad ayuda a penetrar en el misterio eucarístico. Así, cuando se quiere prolongar la resonancia del "Padre nuestro", ¿por qué se va a limitar uno a la última petición? Se comprende fácilmente que esta petición haya sido comentada con preferencia por el hecho de ser la última, pero en realidad cada petición merece un comentario y puede suscitar una nueva oración que procura esclarecer su sentido.

La monotonía y la rutina son dos grandes enemigos de la oración verdadera. La eucaristía, oración por excelencia, necesita una constante renovación para que su misterio sea mejor captado en sus diversos aspectos. Esperamos que este volumen sea una ayuda eficaz para la meditación de este misterio y un estímulo para vivirlo con mejores disposiciones de alma.

El fin primordial de este libro es hacer ver el lugar tan destacado que la eucaristía debe ocupar en los momentos más señalados de la vida cristiana: nada humano le es extraño y está llamada a santificar todas las etapas, todas las situaciones de la existencia humana, así como todo el desarrollo de la sociedad y de la historia.

I
DESCUBRIR LA EUCARISTIA

EUCARISTIA

ofrenda

Te damos gracias, Padre, fuente de todo don,
por la ofrenda de esta eucaristía,
que nos permites te presentemos,
ofrenda de nuestra persona y de nuestra comunidad
unida a la oblación de tu Hijo Jesús.
Tú nos concedes la posibilidad de dar,
pues todo lo que te presentamos nos viene de ti.
Tú aceptas nuestra oblación
y haces que dé frutos
para la salvación del mundo.
Nosotros los pecadores
seríamos incapaces de agradarte,
pero tú, bondad infinita, nos purificas
por la redención de Cristo
y recibes nuestra ofrenda en la suya.
Por eso queremos cantar en tu alabanza
uniendo nuestras voces a las de los ángeles y santos:

Tú eres nuestro Señor, Dios nuestro, y mereces todo enco-
[mio.
Tú eres nuestro Padre y te gusta una ofrenda filial.
Te agradecemos que nos reclames esta ofrenda;
gracias por aceptarla con benevolencia,
gracias por hacerla fecunda para la humanidad.

En respuesta al pecado del hombre,
negativa a obedecerte y servirte,
tú has hecho brotar, Padre soberano,
la ofrenda perfecta de tu Hijo
en espíritu de obediencia y de servicio,
de amor filial y de completo abandono en tus manos.

En esta ofrenda suprema,
realizada una vez para siempre en la cruz,
se te entregó definitivamente
toda la humanidad
y así ella misma se ha beneficiado
del perdón y de la salvación.

La eucaristía es el signo sacramental
de esta oblación llena de abundantes frutos.
En ella se hace místicamente presente
la ofrenda del calvario
para propagar así su eficacia
en todas las latitudes y todos los ambientes
donde viven actualmente los cristianos.

Te damos gracias, Padre,
por poner a nuestra disposición,
en cualquier sitio donde nos encontremos,
esta ofrenda definitiva,
y te pedimos que,
por la fuerza transformadora del Espíritu Santo,
nuestra ofrenda de pan y vino
se convierta realmente en la ofrenda
del cuerpo y de la sangre de Cristo.

Al tomar una última cena con sus discípulos,
Jesús tomó pan, dio gracias,
lo partió y se lo dio a los discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
ofrecida para que el mundo tenga vida".

Luego tomó la copa de vino,
y, dando gracias, la pasó a sus discípulos:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por todos los hombres
para perdón de los pecados.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el sacramento de la oblación eucarística.
Proclamamos la ofrenda de tu muerte, Señor Jesús.
Conmemoramos la aceptación de esta ofrenda por el Padre.
Esperamos sus frutos
por tu resurrección y tu ascensión.

Puesto que nada falta
a la oblación redentora de Cristo
renovada en esta eucaristía,
y ya que sus efectos se derraman abundantemente
en un mundo que los necesita,
queremos, Padre, que tampoco falte nada

a nuestra oblación personal
asociada a la de tu Hijo.

Que por la comunión en su cuerpo y su sangre
su ofrenda se posesione de nosotros
y nos comunique las disposiciones de amor filial,
de obediencia y de servicio,
que constituyen todo su valor.
Que ella nos arrastre a la heroica generosidad
de quien ha aceptado sufrirlo todo
para hacer a la humanidad santa y feliz.

Aumenta en la Iglesia el espíritu de entrega
por medio de esta eucaristía.
Que este mismo espíritu anime a los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
y que disponga a todos los cristianos
para ofrecer por el reino de Cristo
los sacrificios de su existencia.

Haz que los difuntos disfruten
de la oblación de Cristo y de la Iglesia,
al abrirles la puerta de tu morada celestial
y concederles la inmensidad de tu dicha.

Que la Virgen María,
tan íntimamente unida a la ofrenda de Jesús en el calvario,
y todos los santos que han seguido el camino de la cruz,
nos arrastren, con su ejemplo e intercesión,
por el camino de una oblación sincera y total
unida a la del salvador.

EUCARISTIA

servicio

Nuestra acción de gracias sube hacia ti,
Padre eterno y todopoderoso,
porque al enviarnos a tu único Hijo
para ayudarnos en nuestra debilidad,
tu amor ha descendido hacia nosotros.
En lugar de imponerte por tu grandeza,
has puesto tu poder a nuestro servicio
y, por medio de Cristo, has colocado definitivamente
en nuestras pobres manos de hombres,
los tesoros de tu divinidad.
Al descender hasta nosotros,
tu bondad nos ha seducido
y ha suscitado en nosotros una respuesta libre
de gratitud y de amor
que tu solo supremo poder no hubiera conquistado.
Sirviéndonos por la humilde entrega de Jesús,
nos has dado el gusto de servirte.
Por eso te alabamos con alegría:

Eres grande, infinitamente grande,
tú en quien la grandeza del amor

iguala a la inmensidad del ser.
Eres grande por lo que nos das
mediante la presencia y la oblación de tu Hijo.

Cuando le llegó la hora
de pasar de este mundo al Padre,
Jesús quiso sobrepasar todo límite
en el amor que tenía a sus discípulos
y por eso les amó hasta el extremo.

Reunió en torno a sí
a los que él llamaba sus amigos
en una última cena
en que se iba a comer el cordero pascual.

Consciente de que el Padre
había puesto todo en sus manos,
de que había venido del Padre y de que a él volvía,
levantándose de la mesa, se quita el manto
y se pone a lavar los pies de sus discípulos.
Luego les dice:
"¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?
Me llamais Maestro y Señor,
y decís bien, porque lo soy.
Pues si yo, Señor y Maestro,
os he lavado los pies,
también vosotros debéis lavaros los pies
unos a otros.
Yo os aseguro
que el siervo no es mayor que su amo".

Servidor, Jesús quiso serlo hasta el fin,
hasta la humillación de su pasión:
comprometió su vida y su muerte
en servicio de la humanidad.
Antes de consumar el sacrificio del calvario
quiso ya comprometerse
de una manera definitiva y para siempre.
Al transformar la comida pascual
en eucaristía,
se entregó a sus discípulos
y a todos los hombres,
haciendo de aquélla un servicio de amor
siempre disponible hasta el fin del mundo.

Durante la cena, tomó pan,
dio gracias,
lo partió y se lo pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
El pan que yo os doy
es mi carne para dar vida al mundo".

Al terminar la cena, tomó la copa de vino,
dio gracias y se la pasó diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es mi sangre, sangre de la alianza,
derramada para reconciliar al mundo.
Haréis esto en recuerdo mío".

Este es el sacramento del humilde amor eucarístico.
Proclamamos que tú has muerto por nosotros, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección, nuevo servicio que nos haces
[con tu gloria.
Esperamos tu última venida de siervo triunfante.

Bendito seas por esta tu ofrenda, Señor Jesús,
que has querido actualizar
para compartir su fruto con nosotros.
Bendito seas por esta tu presencia
que has querido poner a nuestra disposición
para enriquecernos de ti.
Alabado seas por haber querido servirnos
hasta el punto de darnos tu carne como alimento
y tu sangre como bebida.

Al comer esta carne
y beber esta sangre,
queremos que el amor que te ha hecho siervo nuestro
penetre hasta lo más profundo de nuestro ser.
Que nuestra comunión eucarística
nos llene de tu espíritu de servicio,
que estimule nuestra voluntad
para que sirvamos al Padre celestial en todo momento,
para que sirvamos a nuestros hermanos
amándolos hasta el final
siguiendo tu ejemplo heroico.

Renueva en todo tu pueblo, por medio de esta eucaristía,
la disposición de humildad amorosa.
Desarrolla de un modo especial esta misma disposición
en aquellos en quienes has puesto tu autoridad:
que los pastores de tu Iglesia,
papa, obispos, sacerdotes,
se comporten como servidores de todos

y que todos los cristianos al unísono,
estén, como testigos tuyos, al servicio de la humanidad.

Adelanta la hora de la recompensa
que prometiste a los que te aman y sirven
y han abandonado ya este mundo.

Que la Virgen María, tu Madre,
la sierva más solícita del Señor,
que los apóstoles y todos los santos
que han seguido el camino
del servicio humilde por amor,
nos ayuden con su intercesión
a caminar por esta senda
y a llevar en nuestro comportamiento
la imagen de Cristo
servidor y salvador.

EUCARISTIA

misterio redentor

Padre todopoderoso,
autor del plan redentor,
te debemos el homenaje de nuestra alabanza,
de nuestra adoración y de nuestra gratitud.
Has querido salvar a todos los hombres,
librarles de la esclavitud de sus faltas
y elevarles a una vida más grande y más noble
para que adquieran la dignidad de hijos de Dios.
Has realizado infaliblemente este plan maravilloso
no sólo por tu poder soberano,
sino también por tu amor paternal
entregando a tu único Hijo al suplicio del calvario.
También te damos gracias por haber pagado un precio tan
para librarnos y darnos la felicidad. [grande
Con los ángeles y los santos
cantamos la maravilla del misterio redentor.

Eres grande, Dios, Padre nuestro,
en todo lo que quieres y realizas.
Eres grande por la salvación que nos has dado,
al rescatarnos por medio de tu Hijo
y al llenarnos con el Espíritu Santo.

Te damos gracias, padre amoroso,
por tu admirable plan de salvación.
No has podido soportar el espectáculo que ofrecía el mundo
invadido y degradado por el pecado:
el espectáculo de nuestra rebelión y de nuestra incredulidad,
de nuestras enemistades y de nuestras venganzas,
de nuestras vergonzosas pasiones y de nuestras cobardías,
de nuestro egoísmo acaparador y de nuestro orgullo.
No has querido abandonarnos al mal,
pues tu corazón de padre está lleno de piedad
y nos has sacado de nuestra miseria.

No has dudado en entregarnos a tu Hijo Jesús
y él que, compartiendo tu condición divina,
se ha anonadado a sí mismo tomando nuestra condición hu-
y en vez de demostrar su gloria [mana,
vivió una vida parecida a la nuestra.
Más que dejarse servir,
como hubiera estado en su derecho,
quiso ser el servidor de todos;
en su obediencia se rebajó hasta el extremo
haciéndose obediente hasta la muerte
y la muerte de cruz.
Por eso tú le has levantado sobre todo,
dando a su naturaleza humana
el poder divino para gobernar a la humanidad
y para derramar tu Espíritu sobre ella.

Recordando esta pasión suya salvadora y esta muerte,
al igual que esta exaltación gloriosa a los cielos,

queremos reproducir su gesto profundo de sentido
e imploramos al Espíritu Santo
que lo haga presente y actual en esta asamblea,
del modo misterioso que se realizó
en la última cena de Jesús con sus discípulos.

La noche en que el Señor Jesús iba a ser entregado,
tomó pan
y después de dar gracias lo partió y dijo:
"Esto es mi cuerpo entregado por vosotros.
Haced esto en conmemoración mía".
Del mismo modo tomó la copa
después de la cena y dijo:
"Esta copa es la nueva alianza en mi sangre.
Cada vez que bebáis de ella,
hacedlo en conmemoración mía".

Este es el misterio de la alianza
en el cuerpo y la sangre del salvador.
Proclamamos tu muerte redentora, Señor Jesús.
Celebramos tu muerte salvadora.
Esperamos tu venida en el mundo nuevo.

Ante ti, Jesús aquí presente,
doblamos la rodilla
con todos los seres del cielo y de la tierra,
y todos proclamamos que eres el Señor
en posesión de la gloria de Dios Padre.

Con la Virgen María, tan íntimamente unida a tu anonada-
y a tu exaltación en el cielo, [miento
con todos los santos que te han seguido
por el camino de la cruz hasta la gloria final,
con todos los hombres llamados a seguirte,
te contemplamos
para poder también nosotros encontrar nuestro camino.

Por la irradiación de tu presencia
y la efusión de tu Espíritu,
que tendrán lugar de una manera plena en nosotros
por la comunión de tu cuerpo y de tu sangre,
ayúdanos a saber compartir tus sentimientos
de humildad en el amor
y de generosidad en el sacrificio,
para que podamos asociarnos
al triunfo de tu santidad.

Comunica estas disposiciones de tu ofrecimiento terrestre
a toda la Iglesia,
a sus pastores, al papa, a nuestro obispo,
a todos los cristianos
y de una manera especial a aquellos por quienes te pedimos.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles el gozo
de compartir la victoria de tu amor
y de alegrarse con la visión de tu rostro glorioso.

EUCARISTIA

respuesta a la llamada

Te expresamos nuestro agradecimiento,
Padre, origen de toda vocación,
por la llamada universal.
mediante la cual propones a la humanidad
el destino más elevado.
Nos has llamado a todos
a compartir tu vida
y a convertirnos en hijos tuyos
en tu único Hijo Jesucristo.
Has puesto en esta llamada
todo tu amor de Padre.
para toda la familia que querías fundar
y para cada uno de sus miembros
que tú has llamado uno por uno.
Ya que tú nos das la fuerza
para responder a tu llamada,
queremos proclamar tu alabanza
en unión con la Iglesia de este mundo.
y con la inmensa comunidad celestial:

Eres grande y bondadoso, Dios Padre nuestro.
Te damos gracias por habernos llamado a la existencia,
más aún, a la filiación divina.
Te damos gracias por hacernos capaces
de responder a la sublimidad de tu llamada.

Tú eres dueño de todo destino,
Dios soberano y todopoderoso,
tú has manifestado tu soberanía
por la llamada gratuita que nos has hecho.

Por esta llamada nos has invitado
a compartir tu intimidad divina
y a mantener contigo
relaciones más íntimas.
Nos has traído este mensaje
mediante tu Hijo encarnado,
que al venir a vivir en medio de nosotros
nos ha dado a conocer
tu deseo de ser nuestro Padre
y el plan de tu amor paterno.

Ha sido principalmente tu llamada
la que ha dado a conocer tu benevolencia y tu misericordia
a los esclavizados por el pecado
y ha dado testimonio de tu deseo
de conceder el perdón y la libertad.

El mismo nos ha enseñado a responder
a esta llamada por un amor filial,
dando de él un testimonio supremo
con el sacrificio de su vida.

Por medio de la eucaristía nos ha querido asociar
a esta respuesta perfecta.
Nos invita a unirnos
a su acción de gracias
y a su ofrenda,
realizando en conmemoración suya,
por la gracia del Espíritu Santo,
el gesto que realizó en la última cena
y las palabras que allí pronunció.

La víspera de su pasión, Jesús tomó pan,
y levantando los ojos al cielo, hacia ti, Padre,
en acción de gracias,
lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:
"Esto es mi carne
entregada por vosotros y por la humanidad".
Al fin de la cena, tomó la copa de vino,
dio de nuevo gracias
y se la pasó a los comensales diciendo:
"Esto es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la eucaristía.
Señor Jesús, proclamamos tu muerte,
tu ida hacia el Padre.
Celebramos tu resurrección,
la vida nueva que el Padre nos da.
Te acogemos a ti que vienes aquí
para responder contigo al amor del Padre.

Con tu Hijo, que ha querido permanecer entre nosotros
para ayudarnos a estar contigo,
queremos responder, Padre celestial,
a la grandeza de tu llamada.
Que por la comunión eucarística
el Espíritu Santo infunda en nosotros
el alimento espiritual del cuerpo de Jesús
y la embriaguez espiritual de su sangre.
Que él nos llene de su vida y de su amor
para que, dispuestos a escuchar tu llamada
en cada momento de nuestra existencia,
tengamos valor para responder a ella
y así realizar tu plan sobre nosotros.
Por esta eucaristía,
que toda la Iglesia reciba un estímulo
para responder con generosidad.
Te lo pedimos para los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
para todos los que son llamados a una vocación especial
y para todos los que disfrutan de la vocación
a la vida cristiana:
que todos conformen sus vidas con tus llamadas.
Haz que nuestros hermanos difuntos
escuchen tu última llamada
que los introduzca en la felicidad del abrazo eterno.
Que todos los que disfrutan la beatitud de este abrazo,
María la Virgen que siempre te ha dicho que sí
y los santos que no han permitido que tus llamadas se
nos ayuden por su oración [pierdan,
a responder con un amor cada vez mayor
a la llamada que Cristo nos hace oir.

EUCARISTIA

alianza

Te ofrecemos nuestra acción de gracias,
Padre todopoderoso,
por la alianza que has instaurado en nuestro favor.
Tú que hubieras podido imponernos tu soberanía
y hubieras podido gobernar el mundo
con tu autoridad absoluta,
has querido asociarnos a tus planes
y hacer que cooperemos en tu obra.
Cuando la alianza se rompió por el pecado
y te encontraste con la infidelidad de los hombres,
restableciste en tu Hijo una alianza nueva,
mejor y definitiva,
garantizando así,
por medio del Espíritu Santo que pones en nuestros cora-
nuestro amor y nuestra fidelidad. [zones,

En el gozo de esta alianza inquebrantable
aclamamos tu bondad:
Eres bueno, Padre,
tu bondad es maravillosa,
pues pudiendo ser un Dios de aplastante soberanía,

has preferido ser el Dios de la alianza
para ofrecernos tu amistad
y elevarnos hasta un diálogo contigo.

Cuando estableciste contacto con los hombres,
quisiste, Padre, darle la forma de una alianza.
A título de un pacto de amistad
tú has reclamado su homenaje,
de tal forma que el culto y la religión
no constituyan el proceder de unos esclavos,
sino el libre amor
que se rinde a un Dios cercano y accesible.

Por la alianza te has expuesto
a nuestra repulsa y a nuestras ofensas.
Pero tú has respondido a nuestros pecados,
que merecían tu cólera,
con la misericordia
y nos has enviado a tu Hijo querido
para unirnos nuevamente a ti,
manteniendo así la alianza.

A partir de este momento,
esa alianza reside únicamente en Cristo:
al reconciliarnos contigo
por su sacrificio expiatorio
y al resucitar de entre los muertos
para comunicarnos tu vida divina,
es el lazo indisoluble
de la nueva humanidad
con el Dios de la gracia.

Esta alianza se nos da en la eucaristía
por medio de su presencia.
Por eso pedimos al Espíritu Santo
que convierta nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre del Señor,
para que la alianza se implante fuertemente
en nuestro mundo carnal.

Tomando su última cena con sus amigos,
y deseando prolongar indefinidamente esta amistad,
Jesús tomó pan
y después de haber dado gracias, lo partió
y se lo dio diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
entregada por vosotros y por todos los hombres".
Al terminar la cena, tomó la copa de bendición,
dio gracias, y la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta copa es la nueva alianza en mi sangre
derramada por la humanidad.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el sacramento de la alianza en la eucaristía.
Proclamamos tu muerte reconciliadora, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección, garantía de la amistad divina.
Esperamos la venida del Espíritu a nuestros corazones.

Te haces presente en medio de nosotros,
Cristo eucarístico,
tú, la alianza personificada,
don supremo del Padre a los hombres
y ofrenda perfecta de nuestra humanidad al Padre.
En ti Dios se nos ha dado
y por ti toda la comunidad humana se entrega a él.

Te recibimos como al esposo,
tú que haces de la alianza un puro amor.
Amigos del esposo, no podemos ayunar,
sino que participamos del banquete nupcial
con toda nuestra alma y llenos de gozo.

Al tomar tu carne como alimento
y tu sangre como bebida,
esperamos llenarnos
de la fuerza y de la embriaguez de tu amor
y queremos convertirnos, a ejemplo tuyo,
en alianza total y fiel.

Te pedimos esta gracia
para toda la Iglesia:
que viva íntegramente tu alianza,
ya que merece ser llamada esposa tuya.
Que sus pastores, el papa, los obispos, los sacerdotes,
tengan ante todo la preocupación
de permanecer unidos a ti,
y que todo el pueblo cristiano
persevere en esta unión
para que sea el verdadero pueblo de Dios.

Concede a nuestros hermanos difuntos
la consumación de la alianza
en la felicidad celestial.
Que quienes ya gozan de esta alianza perfecta,
la Virgen María y todos los santos,
nos ayuden a progresar en la alianza aquí en la tierra
por una adhesión más íntima con Cristo.

EUCARISTIA

compromiso con el mundo que sufre

Nuestra acción de gracias se eleva hacia ti,
Dios y Padre nuestro,
porque no has abandonado a los hombres
a su miserable suerte,
consecuencia de su pecado.
No sólo has querido aliviarles y librarles,
sino que también has cargado
con las consecuencias de su extravío.
Al enviarnos a tu único Hijo,
le has hecho que cargue con el peso
de los sufrimientos y de la muerte
para rescatar a la humanidad pecadora,
y tú mismo has tomado parte en ellos
con tu amor paternal que le sacrificaba por nosotros
al dolor redentor.
Por todo ello proclamamos la grandeza de tu amor:

Tu bondad es infinita, Padre todopoderoso.
Te has inclinado sobre el inmenso dolor humano
para aliviarle y elevarle hasta ti,
y hacerle desembocar en una eterna alegría.

La compasión de tu corazón paternal es infinita.
Padre amante de tus hijos,
nunca has permanecido indiferente
ante los sufrimientos y las pruebas
de nuestra vida humana.

Al dejarnos libres por amor
y responsables de nosotros mismos,
no nos puedes impedir que obremos el mal,
ni que con nuestras faltas provoquemos
justos y terribles males,
así como dolores y desgracias.

Tú corres en ayuda de toda miseria,
tú has querido transformar el valor de nuestros sufrimientos
haciéndolos fecundos para reparar nuestros pecados
y para edificar un mundo mejor.

Has pedido a tu Hijo inocente
que en el sacrificio del calvario
eche sobre sus espaldas
el castigo que merecían los culpables
y has hecho del dolor de la cruz
una fuente de bendiciones para todos los hombres.

En la eucaristía nos haces contemplar por la fe
la presencia del que, por su sufrimiento,
eleva hasta ti todas las penas de los hombres
para que cooperen al nacimiento
de una nueva humanidad.

Que el Espíritu Santo, gracias a las palabras consecratorias,
asegure esta presencia en medio de nosotros,
y que al cambiar nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre del salvador
transforme los sufrimientos de nuestro mundo
en sacrificio redentor para la salvación de todos.

Antes de sufrir,
Jesús sintió el gran deseo
de tener una última cena pascual con sus discípulos.
Tomó pan, dio las gracias,
lo partió y se lo dio diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado en sacrificio para que el mundo tenga vida".
Luego tomó la copa de vino
y dando gracias, se la pasó diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza,
derramada por la humanidad
para el perdón de sus pecados.
Haréis esto en conmemoración mía".

¡Qué maravilloso es el misterio de la eucaristía!
Proclamamos tu sufrimiento y tu muerte, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección, fruto de tu sacrificio.
Esperamos la abundancia de tu gracia
que mana de tu costado traspasado.

Señor Jesús, que estás místicamente presente
en el acto de tu heroica oblación,
te reconocemos como al varón de dolores,
el que más ha sufrido de todos nosotros,
porque has querido cargar con el peso
de toda la humanidad pecadora.

Al llevar la cruz de todos los hombres,
has hecho que les resulte menos pesada,
más fructífera en sus efectos
y más dichosa en su culminación.

Por nuestra comunión en tu cuerpo y en tu sangre,
une todos nuestros dolores a los tuyos
y danos la fuerza de ofrecerlos
estimulando nuestro valor y nuestra generosidad.

Consuela a todos los que sufren en la Iglesia.
Inspira a los pastores de la comunidad,
papa, obispos, sacerdotes,
un celo capaz de soportar todo
para cumplir con su misión pastoral
y un corazón compasivo ante las dificultades de los demás.
Fortalece a los cristianos discípulos de la cruz
en las penas que los afligen y trastornan.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles el fin de todo sufrimiento
por la admisión a la felicidad celestial.

Que los que gozan de esa felicidad,
la Virgen María,
que antes fue alcanzada por la espada del dolor,
y todos los santos
que en la tierra han llorado y sufrido,
nos animen, con su ejemplo y oración,
a no descargarnos de la cruz,
sino a llevarla hasta el fin del camino
en compañía de Jesucristo.

EUCARISTIA

de los pobres

Te damos gracias, Padre,
Señor del cielo y de la tierra,
porque has revelado tu salvación a los humildes y a los [pequeños.
Has mirado con particular favor a los pobres,
a los necesitados y despreciados, a los explotados y aban- [donados,
a los que la sociedad humana desecha, olvida u oprime,
y a los que conscientes de su miseria íntima
te presentan un alma de pobre.
Les has dirigido la buena nueva del evangelio
por la palabra de tu Hijo Jesús, hecho pobre con ellos.
Les has abierto tus tesoros infinitos
complaciéndote en llenar con tu riqueza divina
el vacío de su debilidad y de su pobreza.
Al darles el Espíritu Santo, les has llenado
de lo que tú mismo tienes de más preciado.
Por eso, con los ángeles y los santos,
cantamos tu admirable bondad:

Santo, santo, santo es el Dios de los pobres.
Su santidad es caridad y es don,

abundancia que se derrama sobre los necesitados
y gozo que viene en ayuda de los afligidos.
Los que nada tenían se hacen ricos
hasta el punto de poseerlo todo.

En la benevolencia universal de tu amor,
te has apiadado de nuestra pobreza,
y tu corazón de Padre se ha abierto más
a los más pobres de entre nosotros.

Para socorrer nuestra miseria,
nos has enviado a tu Hijo.
El, que poseía toda la riqueza de Dios,
se ha hecho pobre por nosotros
para enriquecernos por su pobreza.
Ha querido vivir una vida humana
en una condición enteramente ordinaria,
sin privilegios ni honores.
Ha querido conocer por experiencia
la vida de las gentes sencillas,
nuestro trabajo y nuestras penas diarias.

En su misión de salvador,
ha enseñado a los hombres,
se ha inclinado bondadosamente
sobre los pobres y desgraciados
y ha aliviado eficazmente a muchos enfermos
con curaciones maravillosas.

El sacrificio del calvario
fue para él la cima de su pobreza voluntaria,

despojo de Dios y desnudez del hombre.
Esto constituyó el gran acto de amor fraterno
para todos los pobres del mundo
a quienes quería asegurar definitivamente
la posesión del reino más elevado.

Este sacrificio se lo encomendó de antemano a sus dis-
en una comida, cuando, pobre entre pobres, [cípulos
se quiso hacer a sí mismo y para siempre
alimento y bebida para quienes amaba,
bajo las humildes formas de pan y vino.

En esta cena, alzó los ojos hacia ti, Padre,
para darte gracias por el pan que nos das.
Tomó este pan, lo partió
y lo distribuyó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado en sacrificio para la vida del mundo".
Al terminar la cena,
te dió nuevamente gracias,
tomó la copa de vino
y la pasó a los discípulos diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza,
derramada por todos los hombres
en remisión de los pecados.
Haréis esto en conmemoración mía".

¡Qué grande es el misterio de la eucaristía!
Proclamamos tu muerte pobre, Señor Jesús.

Celebramos tu resurrección por los pobres.
Esperamos tu venida gloriosa
que pondrá fin a nuestra pobreza.

Al recordar la pasión de tu Hijo
y su elevación gloriosa al cielo,
te damos gracias, Padre,
por la victoria que has dado
a quien se ha hecho pobre y débil por nosotros.
Te damos gracias
por tu benevolencia para con todos los pobres
convertidos repentinamente en ricos en Cristo triunfante.

Por nuestra participación en su cuerpo y en su sangre
haz que penetre en nosotros su espíritu de pobreza;
llénanos con su riqueza espiritual.
Que esta comunión de pobres
estimule en nosotros el deseo
de ser ricos en solo Dios.

Concede este mismo espíritu a toda la Iglesia:
que sea cada vez más la Iglesia de los pobres,
la reunión de quienes te presentan su pobreza
y te entregan su miseria íntima
para recibir la posesión de tu reino.
Anima con este espíritu a los pastores,
el papa, los obispos, los sacerdotes,
y todos los cristianos.
Aumenta en cada uno de ellos
el deseo de ayudar a los pobres.

Abre todos los tesoros del cielo a los difuntos
y transforma en dicha su pobreza.

Que la Virgen María, pobre y tan rica en el alma,
y todos los santos
que disfrutan ya de la beatitud de los pobres,
nos ayuden a seguir la pobreza de Cristo
para gozar con él de toda su riqueza.

EUCARISTIA

de la filiación divina

Es justo darte gracias,
Padre de generosidad infinita,
por el supremo don
que nos has dado en Cristo.
Nos has amado tanto
que has querido compartir con nosotros tu ser divino:
nos has enviado a tu Hijo
para que nos haga hijos tuyos
y nos comunique tu vida.
No has dudado en ofrecerle en sacrificio
para asegurarnos la felicidad más alta.
Por este gesto único y definitivo de bondad paterna
te damos gracias y te alabamos
uniendo nuestras voces a las de toda la creación:

Gloria a ti, Dios Padre nuestro.
Tú eres santo y nosotros pecadores,
pero nos has puesto al alcance de la mano tu santidad
y nos haces compartir por medio de tu hijo Jesús
la grandeza de tu divinidad.

Seas bendito y amado por encima de todo,
Padre de Jesús y Padre nuestro.
Ya antes de la creación del mundo
nos miraste con amor,
nos elegiste en tu Hijo querido
y nos predestinaste
para ser en él hijos tuyos adoptivos.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos,
nos otorgaste en él la redención;
por la generosidad de su sacrificio,
tú nos libraste de todas nuestras faltas
y nos llenaste con la riqueza de tu gracia,
por el triunfo de su resurrección
nos hiciste fuertes contra el pecado.
En él has restaurado toda la creación,
reúnes a la humanidad
sometiéndola a su poder
y haciéndola vivir su vida.

Por su medio has hecho llegar tu palabra de verdad hasta [nosotros
y suscitas en nosotros una fe vigorosa.
En él das cumplimiento a nuestra esperanza
y realizas con poder irresistible
el plan admirable de tu bondad paternal.
Para concedernos en él la gracia de poseerte,
derramas en nuestros corazones el Espíritu Santo,
don divino que nos hace hijos y herederos tuyos.

Por este mismo Espíritu, transforma y consagra
la ofrenda que te presentamos,
para que se convierta en carne y sangre de tu Hijo,
en una ofrenda divina
infinitamente capaz de agradarte.

Esta es la ofrenda que Jesús realizó
por primera vez la víspera de su pasión.
Reuniendo a sus discípulos en torno suyo
para una última cena pascual,
tomó pan,
y después de dar gracias, lo partió,
luego se lo dio a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo entregado por la humanidad".
Del mismo modo, al terminar la cena,
tomó la copa bendita,
dio de nuevo gracias
y se la pasó a sus discípulos, diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es mi sangre, sangre de la alianza,
derramada por la humanidad.
Haced esto en recuerdo mío".

Este es el sacramento eucarístico del Hijo de Dios.
Señor Jesús, proclamamos tu muerte,
ofrenda filial.
Celebramos tu resurrección,
triunfo dado por el Padre.
Esperamos tu venida de Hijo glorioso.

Estábamos dedicándote este recuerdo, Señor Jesús,
y tú te has hecho presente en medio de nosotros
en tu sacrificio redentor,
en tu vida de resucitado ansiosa de entregarse,
en el glorioso poder de tu ascensión.

Te pedimos que nos asocies
a la ofrenda que has hecho de ti mismo,
que nos unas a ti
y nos hagas ascender hacia ti
en alabanza sincera y viva
hacia tu Padre y nuestro Padre.

Arrastra en esta ofrenda
a toda la Iglesia
con su pastor el papa
y todos los pastores sucesores de tus apóstoles,
con nuestro obispo, con los sacerdotes
y todos los miembros de tu pueblo
que viven de tu amor en medio del mundo.

Por esta ofrenda, lleva junto al Padre
a los que han dejado la tierra;
que puedan saborear el gozo sin mezcla de dolor
en la mansión de los bienaventurados.

Estrecha por esta ofrenda nuestros lazos de comunión
con tu Madre, la Virgen María,
con toda la comunidad de los santos.
Haz que progresemos, gracias a su ayuda,
en el espíritu de fe, de esperanza y de amor,
por el camino que lleva a un mundo mejor,
reconstruido y reunido en ti.

EUCARISTIA

en el Espíritu Santo

Después de haber dado gracias al Padre por el envío del Espíritu Santo, esta oración eucarística da una gran extensión a la epiclesis. Forma en cierto modo en todo su desarrollo una epiclesis eucarística, donde se pone de relieve la acción del Espíritu Santo, primeramente en la vida de Cristo como fundamento de su acción en la eucaristía, luego su proyección sobre la vida de la Iglesia como prolongación del misterio eucarístico.

Nunca te podremos dar suficientes gracias,
Padre de generosidad infinita,
por habernos enviado tu Espíritu
y haber hecho que baje a nuestros corazones.
Por él nos has llenado de toda perfección,
pues es el Espíritu de vida y santidad,
el Espíritu de luz y de recto juicio,
el Espíritu de poder y de energía incansable,
el Espíritu de amor y de inflamado ardor,
el Espíritu de paz profunda y de gozo contagioso.
Por este Espíritu nos has dado
todo lo que posees en común
con tu Hijo amado
y nos haces participar de tu naturaleza divina.
De él nace nuestro grito de alabanza:

Bendito seas, Padre, por todas tus larguezas
y por la suprema de ellas, el don de tu Espíritu.
Bendito seas, Cristo, por el don de pentecostés,
fruto de tu ofrenda sobre la cruz.
Bendito seas, Santo Espíritu, por tu venida
y por tu presencia en nuestros corazones.

Tú que eres el amor en persona,
Amor infinito del Padre y del Hijo,
tú, Espíritu vivificador,
has realizado toda la obra divina de la salvación.

Lo que habías anunciado
por la voz de los profetas,
tú mismo lo has realizado
en la hora establecida por el Padre.

Con todo el poder de lo alto,
bajaste sobre la Virgen María
para cubrirla con tu sombra
y hacer que de ella naciera la luz,
nuestro salvador el Hijo de Dios.

Más tarde, abriste el cielo
para venir sobre Jesús en el momento del bautismo,
le condujiste al desierto
para la oración y el combate,
le llevaste a los hombres
para predicar la buena nueva
y para curar con su poder la miseria humana.

En el drama del calvario
hiciste llegar al Padre,
en ofrenda única y definitiva,
el grito de amor y de abandono filial
de quien sufría y moría por la humanidad
y lo transformaste en triunfo celestial.

Te pedimos que presentes
este sacrificio de nuestra redención
cambiando nuestra ofrenda,
santificándola y divinizándola:
ven a cambiar nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Porque él, la víspera de su pasión,
tomando pan, dió gracias
y pronunció por vez primera
las palabras que son espíritu y vida:
"Esto es mi cuerpo entregado por la humanidad.
Tomad y comed".
Luego, tomando la copa de vino,
dio las gracias y dijo:
"Esta es mi sangre,
la sangre derramada por la humanidad
para nueva y eterna alianza.
Tomad y bebed.
Haréis esto en conmemoración mía".

Espíritu vivificador, tú eres
quien realiza en esta acción litúrgica
el recuerdo del Señor Jesús.
Al hacernos repetir los gestos
y las palabras del salvador,
para conmemorar su pasión,
su resurrección y su ascensión,
llevas a cabo, de manera misteriosa para nosotros,
el gran acontecimiento de nuestra salvación.

Por la comunión vas a hacer que este misterio penetre
en nuestra vida y en nuestro modo de obrar:
cuando comamos la carne de Jesús,
tu fuerza espiritual nos restaurará,
y cuando bebamos su sangre,
tu embriaguez espiritual nos invadirá
para hacernos vivir de Cristo
en la generosidad de su ofrenda
y en el gozo de su victoria sobre el mal.

Espíritu de unidad, por esta eucaristía
continúa la llamada a la unidad de todos en Cristo
que tú inauguraste en pentecostés,
reconcilia a los hermanos separados,
fortifica en el amor a los que están unidos,
refuerza la comunión de todo el pueblo de Dios
con sus pastores, papa, obispos, sacerdotes.

Termina esta unión en el cielo
llevando a los que han dejado la vida terrestre

al gozo perfecto de tu éxtasis de amor
en la posesión del Padre y del Hijo.
Unelos a la Virgen María y a todos los santos
que ya han alcanzado este gozo eterno
y desean compartirlo con nosotros.

Comprometidos en el misterio eucarístico,
únenos con un lazo indisoluble
a Cristo nuestro Señor.

EUCARISTIA

en la fe

Te rendimos el tributo de nuestra acción de gracias,
Padre de toda luz,
por la gran claridad de la fe
que has querido derramar sobre la humanidad.
Al revelarnos y ponernos ante los ojos a Cristo,
nos has capacitado, por el don del Espíritu Santo,
para recibir esta revelación
y así nuestra vida y nuestra inteligencia se enriquezcan con [ella.
Ya que nos concedes el gozo de creer
y preparas para nosotros la alegría de verte,
queremos, con los ángeles y los santos,
celebrar la maravilla que nos haces descubrir:

Eres grande, Dios infinito y todopoderoso.
Has querido que conozcamos tu grandeza
porque deseas que amemos tu bondad.
Todo lo que eres nos lo das a conocer por la fe
para que nuestro espíritu y nuestro corazón se adhieran a ti.

Nadie te conoce, Padre, sino tu Hijo
y aquel a quien tu Hijo quiere revelarte.
Bendito seas por haber querido enviarle a nosotros
como retrato fiel y vivo de tu perfección.
En él te has dejado ver por los hombres
y les has mostrado tu inefable rostro.

Has querido que, por la encarnación del Verbo,
la fe en el Dios altísimo
sea la fe en un Dios cercano,
en un Dios que habita en medio de nosotros,
que nos abre fraternalmente su corazón
y nos llama sus amigos.

Jesús hizo brotar esta fe en torno suyo,
la exigió para llevar a cabo sus milagros
y demostró su eficacia
y su valor en la cooperación de la salvación.

Con motivo de la promesa eucarística,
cuando anunció que su carne sería dada en alimento
y su sangre como bebida,
exigió la adhesión de la fe
por parte de quienes deseaban seguirle,
y prefirió que se fueran
los que no querían creer.

Durante la última cena
exigió de nuevo la fe de los comensales
al fundar el nuevo culto litúrgico.

Tomó pan,
después de dar gracias, lo partió
y se lo dió a sus discípulos declarando:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne entregada para la vida del mundo".
Luego cogió la copa, dió gracias,
y se la pasó diciendo:
"Bebed todos de ella.
Pues esta es mi sangre,
la sangre de la alianza,
derramada por todos los hombres
en remisión de sus pecados.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la fe.
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección, fundamento de nuestra fe.
Esperamos tu venida,
deseando que encuentres la fe sobre la tierra.

Queremos responder
a tu presencia eucarística
con una firme y resuelta adhesión.
Creemos en ti, Señor Jesús,
en tu carne que está realmente aquí bajo el signo del pan
y en tu sangre que rebosa vida bajo el signo del vino.

Creemos que eres el Hijo de Dios
hecho hombre para vivir entre nosotros
y hecho ahora nuestro alimento y nuestra bebida
para que penetre en nosotros tu vida divina.

Que el Espíritu Santo lleve a cabo en nosotros,
por la aceptación de tu carne y de tu sangre,
una comunión espiritual con tu ser divino,
en una fe que nos una fuertemente a ti.

Por la eucaristía renovada sin cesar,
haz que aumente la fe en toda la Iglesia,
desarróllala en los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
para que sean maestros en la fe;
afírmala en los cristianos,
para que sean testigos y militantes;
restáurala en aquellos que ceden a las dudas
y haz que resurja en aquellos que no creen.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles la visión dichosa,
recompesa suprema de la fe.

Con María, feliz por haber creído,
con los apóstoles, primeros testigos de la fe cristiana,
con los mártires que han dado su sangre por su fe,
con todos los santos cuya fe ha crecido en la fidelidad,
haznos caminar por la vida de la fe,
a fin de que podamos vivir de tu vida,
Cristo, salvador nuestro.

EUCARISTIA

en la esperanza

Suba hacia ti, Padre, nuestra acción de gracias
por la gran esperanza que nos has dado
en tu Hijo muerto y resucitado por nosotros,
esperanza de un mundo mejor y más santo,
esperanza del triunfo completo del amor en nuestros cora-
esperanza de una Iglesia en progreso [zones,
hasta el fin de los tiempos,
esperanza de una felicidad sin fin
donde olvidaremos toda tristeza.
Tú nos ofreces esta esperanza como algo seguro,
algo que tu omnipotencia y tu fidelidad nos garantizan.
Por ella haces más dulces y llevaderas
nuestras pruebas de cada día
y elevas nuestra alma
en ardiente ansia de un porvenir más bello.
Por esta esperanza que nunca nos decepcionará
y que alimenta nuestro gozo,
te cantamos en comunión con los ángeles y los santos:

Eres grande, bueno, generoso, Dios creador y salvador,
en todo lo que nos prometes y nos concedes.

Nadie puede expresar en lengua humana
el maravilloso destino que nos preparas
y la inmensa felicidad a donde nos quieres llevar.

Seas siempre alabado, Padre, por haber querido ser
para nosotros el Dios de la esperanza.
Cuando nuestras faltas nos hubieran podido agobiar
hasta el punto de llevarnos a la desesperación,
con un horizonte cerrado por el sufrimiento y la muerte,
tu perdón ha llegado hasta nosotros
y nos ha abierto el camino de la vida.
Nos has llamado a un destino mejor,
nos has librado del peso de nuestros pecados
y nos has asegurado la victoria de tu gracia.

Has encarnado en tu Hijo Jesús
la esperanza con la que nos quieres llenar.
Con su venida al mundo
has inaugurado para nosotros un nuevo nacimiento,
con sus curaciones milagrosas
nos has anunciado el remedio de nuestros males,
con la luz de su palabra
has iluminado las tinieblas de nuestro espíritu,
con su sufrimiento y su muerte
nos has llevado al gozo
de una vida que no se acaba.

Con su resurrección y su ascensión
has dado a nuestro salvador
toda esta vida y todo este gozo

para que nos los comunique abundantemente.
Por el envío del Espíritu Santo
has animado a la comunidad crisitiana
con el entusiasmo de una esperanza segura
cuyo cumplimiento se inaugura aquí en la tierra.
Para que esta esperanza brote del sacrificio redentor
continuamente renovada,
nos la haces presente en la eucaristía.

Que el Espíritu Santo, cumpliendo tu voluntad,
venga a santificar lo que te ofrecemos
y que, al transformar el pan y el vino
en el cuerpo y la sangre de Cristo,
nos haga participar
de la transformación tan esperada de nuestro universo
en un reino donde Dios será todo en todas las cosas.

La víspera de su pasión, en su última cena,
Jesús quiso dar a sus discípulos
un anticipo del banquete celestial.
Tomó pan, dio gracias,
y lo pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros.
Haced esto en conmemoración mía".
Al fin de la cena, tomó también la copa de vino,
dio gracias y la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre, la sangre de la alianza
que va a ser derramada por vosotros.
Haced esto en conmemoración mía.

Ya no beberé más del fruto de la vid
hasta el día en que beba con vosotros
el vino nuevo en el reino de mi Padre.

Este es el sacramento de la esperanza que nos da la euca-
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús. [ristía.
Celebramos tu resurrección y tu ascensión.
Esperamos la hora en que beberemos contigo
el vino celestial del reino.

Con tu presencia sobre nuestro altar,
poseemos, Señor Jesús,
toda la esperanza de nuestra salvación
puesta al alcance de nuestras manos.

Por la comunión en tu carne y en tu sangre,
que esta esperanza penetre en nosotros,
que imbuya nuestro pensamiento
de un optimismo sobrenatural,
que nos dé consuelo
en nuestras dificultades y en nuestros fracasos humanos,
que renueve nuestro valor para la acción
y nuestra disponibilidad en el servicio.

Que por medio de esta eucaristía
tu esperanza inunde más y más a toda la Iglesia,
que estimule el celo apostólico de los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
y de todos los militantes,
que levante a los agotados y agobiados,

y contribuya a dar a todos tus testigos
un rostro radiante y alegre.

Que esta esperanza eucarística
acerque a la meta de la visión
a nuestros hermanos difuntos
que aún no han alcanzado la felicidad del cielo.

Por la intercesión de la Virgen María y de todos los santos
que ya saborean el triunfo
de una esperanza saciada para siempre,
te pedimos humildemente
que en la oscuridad de nuestra fe,
nuestra esperanza pueda aumentar
hasta el encuentro final con Cristo.

EUCARISTIA

en la caridad

Te damos gracias,
hoy y siempre,
Padre de infinito poder y amor,
por haber querido convertir a nuestro mundo pecador
en el mundo de tu caridad divina.
En tu Hijo Jesús nos has revelado tu amor
y nos lo has comunicado por el Espíritu Santo.
Has querido que nos amáramos unos a otros
con el amor que une a las personas divinas,
y dilatas nuestro corazón con tu gracia
para hacerle capaz de amar sin medida.
En el gozo de este amor
nuestra gratitud se eleva hacia ti con más fervor:

Dios y Señor nuestro, tú eres amor y das amor:
amor gratuitamente recibido por el Padre
para los seres que ha creado.
Amor traído a nosotros en el Hijo encarnado,
amor recibido por el Espíritu Santo en nuestros corazones,
amor que une a los hombres
en una familia parecida a la familia divina.

Proclamamos la maravilla de tu plan salvífico,
Padre sabio y benevolente,
maravilla de tu amor que ha querido ser también el nuestro

Al revelar progresivamente a los hombres
el amor misericordioso y salvador que les habías ofrecido,
tú les enseñaste,
no sólo por tus mandatos, sino también con tu ejemplo,
a tratarse recíprocamente con amor.

Cuando enviaste tu Hijo a nosotros,
nos trajiste la plenitud de tu caridad,
su amor generoso para con todos,
compasivo con nuestras debilidades,
deseoso de socorrernos,
especialmente inclinado hacia los pobres y débiles.
Entregándole al sacrificio, le permitiste que reparara
en nuestro lugar nuestras faltas de amor
y así has puesto ante nuestros ojos al modelo de amor fra-
generoso hasta el don total de la vida. [terno,

Tú has querido que este amor permanezca
y se renueve en la historia de la humanidad
por el sacramento de la eucaristía,
y has querido que la unidad de todos tus hijos
se restablezca sin cesar por la ofrenda de Cristo
y por nuestra comunión en su cuerpo y en su sangre.

Que el Espíritu Santo, Espíritu de amor,
derrame sobre la humanidad, por medio de esta eucaristía,
la caridad redentora,
transformando nuestra ofrenda de pan y vino
en la oblación del cuerpo y la sangre de Cristo.

La víspera de su pasión, en su última cena,
Jesús, que quería llevar hasta un grado supremo
el amor fraterno
por el cual reunió a sus discípulos en torno suyo,
tomó pan, y dando gracias,
lo partió y se lo dió a los invitados:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo, entregado para que el mundo tenga
Luego tomó la copa de vino, dio gracias, [vida".
y se la pasó diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

Es grande el misterio de la caridad en la eucaristía.
Proclamamos el amor de tu muerte, Señor Jesús.
Celebramos el amor victorioso de tu resurrección.
Esperamos la consumación del amor
en tu venida gloriosa.

Padre, tú que eres la fuente de toda caridad,
que nos has dado la caridad de Cristo
en el mayor acto de amor,
que es dar la propia vida por quienes se ama,
prepáranos para dar lugar a la caridad
en nuestro corazón y en nuestra vida,
para que nos amemos unos a otros
como tu Hijo Jesús nos ha amado.

Que mediante la comunión
en el cuerpo y en la sangre del redentor,
su amor mate en nosotros todo egoísmo
y vivifique en nosotros la generosidad de la entrega.
Que esta comunión nos permita superar
todas las tendencias a la división
y constituya una auténtica fusión en la unidad,
en el perdón mutuo y en la benevolencia recíproca.

Padre amoroso, haz que la caridad del redentor
sea lazo de unión entre todos los hombres.
Hazla crecer en la Iglesia,
en sus pastores, el papa y nuestro obispo,
en los sacerdotes, diáconos y en los militantes laicos,
en todos los cristianos
y especialmente en quienes participan en este sacrificio
y en los que te recomendamos.

Reúne a los hermanos separados,
haciendo que triunfe la caridad
y da a cada uno la fuerza de aceptar los sacrificios
que exige la unidad de todos.

A nuestros hermanos difuntos
hazles saborear la perfecta caridad
para que te posean plenamente
y gocen de la fraternidad universal del cielo.

Haz que también nosotros avancemos
hacia esa fraternidad
en un esfuerzo incansable de extender el amor,
en unión de la Virgen María,
con los apóstoles y todos los santos,
con todos los que han reconocido en la caridad
el valor supremo de la existencia humana
y han bebido en Cristo
el valor de vivirla e irradiarla.

EUCARISTIA

en la luz

Te damos gracias, Padre de la luz,
por habernos iluminado y por seguir iluminándonos.
Para sacarnos de las tinieblas
de nuestras ilusiones y de nuestros errores,
nos has enviado a tu Hijo
que nos ha traído la plenitud de tu luz divina.
Has derramado sobre nosotros tu Espíritu
que esclarece nuestra inteligencia,
nos abre los ojos a la fe,
nos hace capaces de conocerte
y de encontrar en ti toda verdad.
El es quien guía nuestros pensamientos,
los dirige hacia Cristo, que es tu imagen perfecta,
y los eleva hasta ti.
El es quien nos hace cantar:

Tú eres luz, fuente de luz, raudal de luz,
luz eterna en cada instante de nuestra vida,
tú, Padre, origen de toda claridad,
luz en tu Hijo, la palabra,
luz en el Espíritu de verdad.

Padre celestial, tan elevado por encima de nosotros
que nadie te ha visto con los ojos terrenos,
pero que te has mostrado a nosotros a través de tu Hijo.
Ese Hijo que es desde siempre el reflejo de tu esplendor,
la imagen limpia de tu sustancia,
pues tiene en común contigo
todo lo que te es propio y todo lo que eres.
Dándole una naturaleza humana
por obra del Espíritu Santo,
con el concurso de María,
has querido que sea para nosotros
la expresión visible de tu divinidad invisible.

Con su palabra nos habló de todo,
hasta descubrirnos el fondo de tu misterio.
Con sus milagros nos hizo ver tu poder,
deseoso de llenarnos de tus gracias.
Con su presencia nos hizo sentir y comprobar
cuán cercano te encuentras de nosotros en todos los mo-
Con su rostro nos descubrió el tuyo [mentos de la vida.
y nos transmitió tu inefable mirada y tu sonrisa de Padre.
Con su amor nos reveló tu bondad,
tu ternura, tu paciencia, tu benevolencia.
Con su sacrificio nos dejó entrever
el abismo de la ofensa para tu corazón de Padre
y la maravillosa generosidad de tu perdón.

Quiso que hiciéramos este sacrificio en su nombre
para que se pueda prodigar tu amor
con una abundancia siempre nueva
sobre la gran comunidad de tus hijos.

Que por medio de tu Espíritu se realice sobre nuestro altar
este sacrificio único,
el ofrecimiento del cuerpo y la sangre de tu Hijo.

En vísperas de las tinieblas de su pasión,
Jesús, luz venida a este mundo,
tomó pan,
y elevando su mirada hacia ti, Padre,
dio gracias,
partió el pan y se lo pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo entregado por vosotros".
Del mismo modo, al terminar la cena, antes de salir a la [noche,
tomó la copa, te dio nuevamente gracias,
y se la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos,
pues esta es la copa de mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna,
que será derramada por vosotros y por todos los hombres
para el perdón de los pecados.
Haréis esto como recuerdo mío".

¡Qué luminoso es el sacramento de nuestra fe!
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús,
recibimos la luz de tu resurrección,
esperamos la claridad final de tu vuelta.

Te damos gracias, Padre bondadoso,
por haber hecho brillar sobre nosotros,
en medio de la oscuridad de nuestra existencia terrestre,
la gran luz de Pascua
y de volvérnosla a dar por esta eucaristía
en tu Hijo inmolado y triunfante,
vencedor de la noche del pecado
y de las tinieblas de la muerte.

Gracias por entregarnos a este Hijo amado
entre manos tan indignas
y de iluminar por su medio
todas las sombras de nuestra existencia,
por hacer que cese la ceguera
de nuestros espíritus y de nuestros corazones,
y por hacernos compartir con él
la claridad de tu mirada divina.

Al entregarnos en la comunión
el cuerpo y la sangre de Jesús,
llena nuestra alma,
por medio del Espíritu Santo,
del gozo y la fuerza de tu luz,
y únenos más íntimamente
a todos los que la poseen en el cielo,
a la Virgen María y a todos los santos.

Derrama esta luz sobre tu Iglesia,
iluminando el camino de tus pastores,
del papa y de nuestro obispo,
de todos los que están encargados de enseñar y extender tu [mensaje
y de todos los cristianos llamados a transmitir tu verdad,

A los que han muerto en la luz de tu gracia
concédeles, Padre lleno de bondad,
la luz perfecta de tu gloria.

Haz que la humanidad entera
viva en la claridad liberadora
de tu Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

EUCARISTIA

en la paz

Te damos gracias, Padre lleno de bondad,
por darnos tu paz divina.
No has querido ser para nosotros, pecadores,
un Dios de cólera y de condenación,
sino un Dios de reconciliación y de paz.
Gracias a la paz que nos viene de tu perdón,
te podemos presentar con gozo
el sacrificio eucarístico
ofrecido en remisión de todos nuestros pecados.
Al poner en el fondo de nuestra conciencia este perdón,
das a esta paz el poder de extenderse
y de regir toda nuestra vida humana
gracias a unas relaciones fraternas con todos.
Por este don inestimable de la paz
proclamamos con todos los ángeles y todos los santos
tu bondad triunfadora
y te decimos con una sola voz:

Como eres bueno, Padre santo,
el cielo y la tierra están llenos de tu amor.

Como eres indulgente y misericordioso,
tus hijos no temen tu mirada,
sino que gozan de la paz íntima que les das.

Alabado seas, Padre todopoderoso,
por el plan de salvación y de paz
que has concebido y realizado
en bien de la humanidad.

Cuando el hombre se alzó contra ti por el pecado,
cuando rompió tu alianza
y, separándose de tu amistad,
se volvió contra sí mismo y contra su destino,
no le dejaste a su suerte para siempre,
ni le abandonaste en ese estado de enemistad,
sino que enviaste a tu Hijo en su ayuda
y le reconciliaste contigo
gracias al sacrificio del calvario.
Le devolviste la paz que había perdido
restaurándola sobre una base nueva y definitiva
la base del amor triunfante del salvador.
Tú sellaste esta paz
por el don del Espíritu Santo
que nos une para siempre a ti.

Llevaste a la humanidad
a la amistad de tu alianza
y reconciliaste entre sí a los hombres
que el pecado había dividido
y enzarzado en luchas fratricidas.

Les diste la posibilidad de perdonarse mutuamente,
como tú mismo perdonas sin medida,

y de vivir en la paz
de un amor sincero.

Para que esta paz se renueve y fortalezca,
que tu Espíritu nos haga ahondar más
en el sacrificio único de reconciliación,
transformando nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre de tu Hijo.

La víspera de su pasión, en una última cena,
donde una vez más había calmado las querellas
brotadas sin cesar entre sus discípulos,
Jesús tomó pan
y después de dar gracias
lo compartió con todos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado en sacrificio por la humanidad".
Luego, al terminar la cena, tomó la copa,
dió nuevamente gracias
y se la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el sacramento de la paz en la eucaristía.
Proclamamos tu muerte reconciliadora, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección, garantía de paz duradera.
Esperamos tu venida gloriosa, término de toda lucha.

Padre amoroso,
ya que al entregar a tu Hijo en sacrificio
has hecho tanto
para que gocemos de tu paz,
haz que la aprovechemos copiosamente
por esta eucaristía.
Que penetre en nuestro corazón
por la comunión en el cuerpo y la sangre de tu Hijo.

Líbranos del pecado
y de todo lo que nos separa de ti;
calma nuestras preocupaciones e inquietudes
y establece nuestra alma en la serenidad.

Que esta eucaristía produzca todos sus frutos
de reconciliación y de pacificación
para nosotros y para todo el mundo,
Que elimine las enemistades,
ponga fin a los actos hostiles
y reúna a todos los hombres
en un deseo común de buen entendimiento.

Te pedimos paz para la Iglesia
fundada sobre una caridad sin límites
que supere todas las diferencias y rivalidades.
Que los pastores, el papa, los obispos y sacerdotes,
se conviertan en mensajeros del evangelio de la paz,
y que todos los cristianos puedan gustar la felicidad
prometida a los que derraman la felicidad en torno suyo.

Te pedimos esta felicidad de una manera especial
para todos los seres queridos
y para aquellos que te recomendamos.

Dásela en su plenitud
a los difuntos que, después de concluir sus luchas en la [tierra,
se han acogido en la eternidad a la paz de tu abrazo.

Que la Virgen María y todos los santos,
que ya poseen la paz de la eternidad,
intercedan por nosotros ante Cristo,
fuente de toda paz sobre la tierra y en el cielo.

EUCARISTIA

en la unidad

Qué dicha poder darte gracias, Padre nuestro,
por habernos reunido en torno tuyo, a nosotros tus hijos,
en la unidad de tu único Hijo Jesús.
Tú eres quien nos ha llamado a esta eucaristía,
quien nos ha hecho sentir ansias por ella.
Tú has querido estrechar los lazos con nosotros
y los que ya habías establecido entre nosotros.
Nos haces sentir el gozo de dirigirnos juntos hacia ti,
de no ser todos más que un solo corazón
en el culto que te tributamos,
de formar un único Espíritu en tu Espíritu de amor.
Por eso queremos honrarte con una sola voz:

Eres bueno, íntimamente bueno, bueno hasta la infinitud,
Dios todopoderoso que has querido ser nuestro Padre.
Todo en ti es bondad
y todo lo que de ti nos viene es expresión de tu amor,
un amor sin límites.
Bendito seas por siempre por tu bondad paternal.

Te llamamos Padre nuestro
y así veneramos
no sólo tu amor paternal
sino también la unidad que has establecido entre nosotros.
Eres Padre de cada uno de nosotros
y de todos a la vez,
y tú eres quien nos une
en una sola comunidad,
la de tus hijos en Jesucristo.

Al crear a la humanidad,
quisiste que fuera una unidad perfecta,
semejante a la unidad suprema
de la familia divina.

Los hombres rompieron esta unidad inicial
y se arriesgaron por el camino del pecado.
Sus faltas fueron causa de división,
las ambiciones orgullosas chocaron entre sí
y las exigencias egoístas recrudecieron las luchas.
Todo el mundo se vió envuelto en guerras,
abandonado a la explotación del hombre por el hombre,
al choque violento de pasiones y venganzas.

En tu bondad quisiste salvar
la unidad de la familia humana.
Enviaste a tu único Hijo
para inaugurar en nuestra tierra
un hogar divino de unidad.

Con su sacrificio Jesús reunió
todo lo que estaba disperso.
Entregando su vida en tus manos
y volviendo a ti a costa de su renuncia,
logró que todos fueran uno,
como tú y él sois uno.

Para que esta unidad siga progresando
en el espíritu y el corazón de sus discípulos,
instituyó la eucaristía,
sacrificio y sacramento de unidad.

La víspera del día en que
iba a abrir los brazos sobre la cruz,
para unir a todos los hombres
en la inmensidad de su amor,
reunió a los discípulos
en la fraternidad santa de la cena pascual.

En el momento de compartir el pan,
lo partió y lo distribuyó
en señal de comunión,
dio gracias
y luego dijo a sus discípulos:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
entregada en sacrificio
por la humanidad".

Al terminar la cena,
tomó la copa de bendición,
copa única que pasaba de invitado en invitado,
y después de dar nuevamente gracias,
la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es la copa de mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la multitud.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la unidad en la eucaristía.
Proclamamos la unidad sellada por tu muerte,
Señor Jesús.

Celebramos al único hombre nuevo,
uno por todos que en ti resucitó.
Esperamos la culminación gloriosa
de la unificación del universo.

Padre, por medio del Espíritu Santo
acabas de darnos a tu Hijo presente en medio de nosotros.
Tú quieres que gracias a él esta eucaristía
acerque entre sí a todos los miembros de la gran familia
[humana.

Al recibir la carne y la sangre del salvador,
recibiremos en nosotros
su presencia espiritual;
que esta presencia nos llene
del Espíritu de amor y de unidad.

Que gracias a esta eucaristía
este mismo Espíritu de unidad
se apodere más profundamente de toda la Iglesia.
Que anime a todos los cristianos
con un celo ardiente por la unidad.
Que estimule los esfuerzos de los pastores,
papa, obispos y sacerdotes,
para inaugurar y desarrollar
en el rebaño que les ha sido confiado
una auténtica comunión de caridad.

Que gracias a contactos cada vez más fraternos,
sostenidos por el misterio eucarístico,
los cristianos de las iglesias separadas
aprendan a comprenderse mejor,
a estimarse mejor y mejor amarse;
que refuercen sus lazos recíprocos
y puedan un día encontrarse juntos, sin división,
en la Iglesia única del único Señor.

Concede la entrada a nuestros hermanos difuntos
en la dicha perfecta de tu morada,
donde todos saborean el gozo de estar unidos en ti,

Que la realización de la unidad
sea tu triunfo de Padre,
al mismo tiempo que el triunfo
de tu Hijo Jesucristo nuestro Señor.

EUCARISTIA

nueva creación

Estamos en deuda contigo, Padre,
te debemos
una ferviente acción de gracias
por la nueva creación de nuestro mundo.
Porque después de haber creado el universo y el hombre,
los has vuelto a crear de manera más admirable,
transformándolos por tu propia vida divina.
En tu Hijo encarnado para nuestra salvación,
has reconstruido todo lo que el pecado había destruido.
Y has creado un hombre nuevo,
incomparablemente superior al antiguo.
¿Cómo no darte gracias
por haber ennoblecido nuestro destino
y por haber querido hacernos
de pecadores que éramos
verdaderos hijos y herederos de tu divinidad?

Gracias, Padre, autor de la creación suprema.
Gracias, Señor Jesús, en quien todo se hace nuevo.
Gracias, Santo Espíritu, cuyo soplo da a todo ser una vida [superior.
Gracias, Santísima Trinidad,
modelo de la humanidad restaurada en el amor.

La primera creación del mundo, Padre,
era ya una maravilla digna de toda alabanza.
En efecto, pusiste en el universo
el reflejo de tu infinita perfección
y modelaste al hombre
a tu imagen y semejanza.

Cuando esta obra maestra de tu sabiduría
se vió comprometida y degradada por el pecado,
en lugar de permitir que las faltas de la humanidad
demolieran lo que habías creado,
decidiste reparar íntegramente
los estragos hechos en tu obra,
e incluso conceder al hombre
un destino más elevado
que el que había perdido.

Este plan de restauración,
que habías concebido desde un principio,
lo realizaste en tu Hijo,
hecho uno de los nuestros,
para reconstruir el rostro divino del hombre.

En tu sorprendente bondad
no dudaste en entregar al sacrificio
a este Hijo tan amado.
Le enviaste a la muerte de cruz
a fin de que, por su resurrección,
brote una nueva humanidad,
pura y santa, llena de vida de Dios.

Por la eucaristía, esta nueva creación
se realiza sin interrupción para nosotros.
Que el Espíritu Santo nos la haga presente
por su acción misteriosa,
transformando el pan y el vino
de la antigua creación
en el cuerpo y la sangre del hombre nuevo Jesús.

Jesús mismo mandó a sus apóstoles
realizar en recuerdo suyo
lo que él mismo hizo en la última cena pascual.
Tomó pan, dió gracias,
lo partió y se lo dio diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado por la humanidad".
Luego tomó la copa de vino,
y después de dar gracias
se la pasó a los convidados diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta copa es la nueva alianza en mi sangre
derramada por la humanidad".

Este es el misterio de la nueva creación en la eucaristía.
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección,
vida nueva para todos nosotros.
Esperamos tu venida, renovación de nuestro mundo.

Creemos en la maravillosa transformación
que acaba de realizarse conforme a tu deseo, Padre:
no sólo el cambio del pan y el vino
en el cuerpo y la sangre de tu Hijo,
sino también la transformación del mundo antiguo
en un mundo nuevo,
ya que Cristo resucitado transforma todas las cosas.

Queremos participar de esta transformación.
Alimentándonos con el cuerpo de Cristo
y bebiendo su sangre,
esperamos llenarnos de su vida divina
hasta lo más profundo de nosotros mismos.
Que viviendo en nosotros, el Cristo eucarístico
cambie nuestras disposiciones por las suyas,
que dilate nuestro amor conforme a sus dimensiones
y que implante en nosotros nuevas ideas,
nuevos sentimientos, una nueva actividad,
para el crecimiento de su reino.

Transforma también a la Iglesia por medio de esta euca-
para que sus miembros no se dejen coger de nuevo [ristía,
por las antiguas faltas,
sino que vivan realmente la nueva creación
que se les ofrece.
Renueva el alma de los pastores,
del papa, los obispos y sacerdotes,
y de todos los cristianos
y de un modo especial de los que te recomendamos.
Que la Iglesia, más renovada,
pueda de ese modo atraer mejor al mundo hacia ti.

A nuestros hermanos difuntos
que aún no han alcanzado la felicidad final,
hazles saborear lo antes posible la novedad suprema
de poseerte y de verte cara a cara.

Que la Virgen María, que por su asunción disfruta
de la novedad de la resurrección de Jesús,
y todos los santos cuya alma está inmersa
en una dicha siempre nueva,
intercedan por nosotros
y nos obtengan por sus oraciones
la mayor participación posible
en la vida nueva de Cristo triunfante.

EUCARISTIA

expansión del reino

Nuestra admiración y nuestra alabanza se elevan hasta ti,
Padre todopoderoso, soberano del universo,
porque has instaurado sobre nuestra tierra
tu reino de santidad,
reino no de temible poder,
sino de amor y de paz.
En este reino se perdonan los pecados,
los espíritus son iluminados
y los corazones se llenan de caridad.
Has dejado este reino en las manos de tu Hijo
y es el Espíritu Santo quien le ha hecho nacer y crecer
en la comunidad de los discípulos.
Con los ángeles que custodian este reino
y los santos que ya lo poseen eternamente,
te cantamos con una sola voz:

Eres nuestro Rey, Dios Padre nuestro,
Rey por Cristo nuestro Señor,
Rey cuya grandeza admiramos,
Rey cuya bondad apreciamos,
Rey que nos llenas de favores
y nos das lo que tú posees.

Desde toda la eternidad, Padre sabio y bueno,
has proyectado un reino donde reinas por amor
y donde tu vida divina será compartida
con todos los que libremente quieren pertenecer a él.

Has realizado tu plan enviándonos a tu Hijo.
Mesías esperado por el pueblo elegido,
ha renunciado a toda violencia
para establecer su poder
y se ha presentado a los hombres
como cordero de Dios.
El yugo que impone es suave
y el peso que carga sobre las espaldas es ligero,
porque es humilde y dulce de corazón.
La única ley de su reino es el amor,
amor que dirige primero hacia ti
todo el corazón, todo el espíritu, todas las fuerzas del hom-
y luego se derrama sobre todos los hermanos [bre,
en un don sin límites.

Jesús ha merecido instaurar este reino
por el sacrificio del calvario:
condenado y muerto como rey,
ha sufrido para que su reino,
que no era de este mundo,
alcance a todos los hombres
como expansión de un amor infinito.

Por la eucaristía, en que el sacrificio se hace presente,
este amor victorioso se dilata
y el reino se extiende.
Que el Espíritu Santo venga y santifique
el pan y el vino que te ofrecemos
y les convierta en el cuerpo y la sangre de Cristo,
para que el reino de Dios
ejerza mayor poder sobre la humanidad.

Recordamos cómo Jesús,
en la cena que precedió a su pasión,
tomó pan, dió gracias,
lo partió y lo pasó diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado en sacrificio por la multitud".
Luego tomó la copa de vino,
dió gracias y la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Este es el cáliz de mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna
derramada para la salvación del mundo".

Este es el misterio de la eucaristía.
Proclamamos tu muerte y resurrección, Señor Jesús.
Celebramos tu ascensión a los cielos,
inauguración de tu poder real sobre el universo.

Cuando vienes a nosotros, Cristo eucarístico,
vienes como señor y como rey
para tomar posesión de la humanidad
que has rescatado con tu sangre.
Pero sólo quieres reinar por el amor,
no fuerzas ninguna puerta,
llamas e invitas.

Cuando vengas a nosotros por la comunión,
queremos abrir de par en par
las puertas de nuestra alma.
Por tu cuerpo y tu sangre
establece en nosotros tu reino y tu vida.
Que tu venida eucarística
acelere la marcha hacia adelante de tu Iglesia.
En los pastores, papa, obispos y sacerdotes,
estimula el celo en extender tu reino,
y desarrolla en todos los cristianos las disposiciones
de militantes y testigos en tu servicio.

Que nuestros hermanos difuntos descubran
los tesoros de tu reino celestial
en la felicidad sin término.

Que la Virgen María y todos los santos
nos ayuden con su intercesión
a comprometernos más y más con tu reino
por una adhesión más profunda a tu persona.

EUCARISTIA

salvación del universo

Te damos gracias, Padre y Creador del universo,
por la salvación que ofreces a nuestro mundo.
Sin despreciar nada de lo que has creado,
has querido restaurar plenamente
todo lo que el pecado había degradado,
has querido dar a la materia y al espíritu su dignidad,
e incluso ofrecerles destino más elevado.
Por tu Hijo encarnado has querido salvar y divinizar
todo el universo material.
Por él has santificado la carne,
todos los seres y todas las cosas visibles.
Por medio de los sacramentos haces de la materia
el signo y el medio de tu gracia invisible.
Preparas para el fin de los tiempos una tierra nueva,
un universo que participará en la resurrección
y en la condición gloriosa de la carne humana.
Con este universo al que prestamos nuestras voces,
y con todo el mundo celestial y espiritual,
te cantamos y te alabamos:

Gloria a ti, Dios admirable.
Tú envuelves con tu amor a toda la creación.

Das a la materia un valor incomparable
y haces que el universo disfrute de la liberación de tus hijos.
Tú ofreces la salvación a los seres más humildes.

Cuando creaste al hombre,
le sometiste, Padre todopoderoso,
el universo visible.
Pero cuando el hombre pecó,
profanando su espíritu y su carne,
volvió el universo contra ti
y le arrastró en su rebeldía
y también en la vergüenza de su degradación.

Por la encarnación de tu Hijo,
tomaste entre tus manos divinas
la carne que habías modelado en la creación
y le conferiste una nobleza superior.

Por medio del sacrificio redentor
hiciste de la carne sufriente de Jesús
la expresión más grande del amor.
Por la resurrección
hiciste de su carne triunfante
la expresión de tu vida divina invencible.

Salvando nuestra carne,
comunicaste la salvación al universo entero.
Nada se perderá en este universo.
Todo él está destinado a convertirse en santuario de la di-
[vinidad.

La eucaristía es una señal de esta santificación,
ya que el pan y el vino
son transformados en la carne y la sangre de Cristo.
Que el Espíritu Santo, al realizar esta transformación,
convierta al universo
en signo y templo del Señor.

Antes de la hora de la pasión,
Jesús tomó pan,
levantó los ojos hacia ti para darte gracias
y reconocer en este pan el don de tu amor,
lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado en sacrificio por la humanidad".
Al terminar la cena,
tomó la copa de vino,
dio gracias de nuevo
y se la pasó a los convidados diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad
en remisión de los pecados.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la salvación del universo en la euca-
[ristía.
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección.
Esperamos el cielo nuevo y la tierra nueva.

Se ha realizado ya, Señor Jesús,
el cambio maravilloso en que tú nos das
tu carne y tu sangre.
Esto es un preludio de la transformación gloriosa
de nuestro mundo material.
Por la comunión, ven a hacer de nuestra carne
el santuario de tu presencia
y al llenarnos con tu fuerza espiritual,
haz que se transparente a través de nuestro rostro
y todo nuestro comportamiento visible
la grandeza de tu vida divina.

En tu Iglesia que vive sobre la tierra
establece un reino en el que la materia
colabore con el espíritu
en el desarrollo de la santidad.
Santifica a los pastores,
al papa, los obispos y sacerdotes,
y a todos los cristianos,
de manera que en su vida humana
sean testigos del espíritu.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles la plenitud de la dicha espiritual
en la que ha de participar, en el último día,
el cuerpo resucitado.

Que la Virgen María, que en la gloria de la asunción
posee el cuerpo que ha sido la morada del Hijo de Dios,
y todos los santos que esperan la resurrección,
nos ayuden a usar santamente
de la materia y del cuerpo,
para que por medio de nosotr s el universo material
participe en la santidad de Cristo.

EUCARISTIA

misión en el mundo

Te expresamos nuestra gratitud, Padre,
por la misión que has confiado a la Iglesia.
No has dudado en dar confianza a los hombres
que te habían vuelto la espalda por el pecado,
y has puesto en sus manos
el reino de tu Hijo Jesús
con el encargo de darle a conocer y amar.
Has dado a la Iglesia la responsabilidad
del destino del universo,
la misión de extender la fe, la esperanza, la caridad,
de comunicar tu vida divina
y de conducir las vidas humanas a tu mansión celestial.
Por esta llamada a la colaboración humana,
proclamamos tu alabanza:

Eres grande, Dios todopoderoso,
grande en la amplitud de la misión
confiada a hombres tan pequeños,
grande en tu bondad paternal
que nos ha hecho colaboradores tuyos.

Padre, has instaurado el plan de nuestra salvación
y no has querido realizarlo todo por ti mismo,
pues en tu amor has deseado
la cooperación de la humanidad.

Nos has enviado a tu Hijo
para que viviendo una vida de hombre
pudiera realizar la misión redentora
en nombre de toda la comunidad humana
y comprometer a todos los hombres
en su obra de restauración y de divinización.

Por el envío del Espíritu Santo en pentecostés,
has constituido a la Iglesia y a cada uno de sus miembros
en estado permanente de misión en el mundo.
Encargados de enseñar a todas las naciones,
los primeros discípulos comenzaron a difundir el evangelio
por medio de su palabra y su testimonio,
y quienes les han seguido a través de los siglos
han proseguido este inmenso esfuerzo.

La eucaristía realiza misteriosamente esta misión,
continúa implantando en los medios humanos
la verdad, la vida y la presencia de Jesucristo.
Haciendo actual el sacrificio redentor,
propaga su fecundidad
y favorece la expansión de la Iglesia.

Por eso recordamos
la primera cena eucarística
en la que Jesús, a punto de terminar su misión en la tierra,
tomó pan, dio gracias,
lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne entregada por la vida del mundo".
Luego tomó la copa de vino,
dio nuevamente gracias y la pasó diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza,
derramada por la humanidad.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la misión redentora.
Proclamamos tu muerte y tu resurrección, Señor Jesús.
Celebramos tu venida en medio de la Iglesia.
Esperamos la culminación de tu misión
al fin de los tiempos.

Padre, que la misión de tu Hijo,
por su presencia eucarística,
continúe realizándose en medio de nosotros.
Que el mundo sea cada vez más
invadido por tu santidad,
animado por tu vida.
Que los que te ignoran
lleguen a reconocerte,
que los indiferentes vengan a amarte.

Para que esta misión del salvador se posesione de nosotros,
queremos apropiarnos por la comunión
el manantial de vida
escondido en su carne y en su sangre.
Solo Cristo, por el Espíritu que nos da,
nos puede capacitar
para hacer avanzar su amor en el mundo.

Por esta eucaristía
renueva el espíritu misionero de la Iglesia.
Haz a los pastores, papa, obispos y sacerdotes,
más conscientes de su misión
y más ardientes para cumplirla a la perfección.
Haz que todos los cristianos participen en el ímpetu
que lleva el mensaje de Jesús
hasta los últimos rincones de la tierra.

Que la Virgen María y todos los santos
nos sostegan con su intercesión
en nuestra tarea apostólica.
Que nuestros hermanos difuntos,
alcancen la felicidad de la intimidad perfecta contigo
y así nos puedan ayudar mejor
a extender el reino de Cristo.

EUCARISTIA

en el gozo

En verdad es justo y bueno darte gracias,
Padre generoso y pródigo con tus bienes,
por todo el gozo que pones en nuestra vida,
pues nos has creado para la alegría.
Por la redención nos devolviste la alegría
y la elevaste al nivel de la tuya.
Nadie desea tanto como tú nuestra felicidad
y nadie ha hecho más que tú para procurárnosla.
Con todos los ángeles y los hombres
que has querido hacer felices para toda la eternidad,
queremos cantar tu alabanza,
esperando darte gracias eternamente:

Santo, santo, santo es el Dios de la alegría.
El cielo y la tierra están llenos de tu amor
y están destinados a compartir tu felicidad.
Bendito seas por tu bondad paternal,
Padre que has querido reunir a tus hijos
en una familia santa y feliz.

Te cantamos, Padre todopoderoso,
y admiramos el plan de tu sabiduría soberana:
cuando nos llamaste a la existencia,
nos llamaste al gozo de existir
y quisiste colmar de felicidad todo nuestro ser.

La fuente de nuestra tristeza
es el pecado que nos separa de ti,
pero tú corres en nuestro auxilio
para concedernos con tu perdón
la gracia superior de la santidad y del amor,
que es fuente de un gozo más elevado.

Al darnos a tú Hijo como salvador,
él tomó sobre sí el peso de los sufrimientos
que habían merecido nuestras faltas.
Como consecuencia del sacrificio heroico de su vida,
nos comunicó tu gozo divino,
gozo que inunda nuestro corazón
y que ya nadie nos podrá quitar.

Por el sacrificio eucarístico
nos compromete a unirnos a su cruz,
para poder obtener de una manera más íntima
el gozo de su triunfo.
El Espíritu Santo que nos prometiste
y que nos diste definitivamente,
hace que nos unamos a la ofrenda de Jesús
para que gocemos con su felicidad.

Que este Espíritu de amor, a la llamada de nuestra oración,
venga a transformar el pan y el vino
en el cuerpo y la sangre del redentor,
para que su oblación haga brotar
un gozo nuevo en el universo.

En la víspera del inmenso dolor de su pasión,
Jesús, que iba a pasar de este mundo de sufrimiento
a tu mansión de gozo y de paz,
elevó la mirada hacia ti, Padre, en acción de gracias,
tomó pan, lo partió y se lo dio diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo entregado por la humanidad".

Del mismo modo, al terminar la cena pascual,
tomó la copa de vino,
te la presentó en homenaje
y la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es mi sangre, sangre de la alianza,
derramada para que el mundo tenga vida.
Haréis esto como recuerdo mío".

¡Qué grande es el misterio de la eucaristía!
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús,
fuente de gozo para la humanidad.
Celebramos tu resurrección,
victoria de la alegría sobre el dolor.
Esperamos tu venida gloriosa,
culminación de la felicidad del universo.

Al aceptar el don eucarístico de tu Hijo,
recibimos, Padre celestial,
en nuestra vida terrena tu más íntima felicidad.
Tú conoces los sufrimientos del mundo
mejor que nosotros,
así como también las terribles pruebas en las que estamos
Para ayudarnos a soportarlas animosamente [metidos.
nos asocias a la ofrenda eucarística de tu Hijo
y pones en nuestro interior un gozo secreto e inextinguible.

Por la comunión en el cuerpo y la sangre de Jesús,
que este gozo se adueñe de nuestra alma
y anime toda nuestra vida.
Que el Espíritu Santo ayude a penetrar en nosotros
la beatitud divina
que posees en común con tu Hijo
y nos haga mejores hijos tuyos
por la herencia de tu gozo.

Derrama sobre la humanidad
este gozo que nos das en la eucaristía.
Haz a la Iglesia más santa y más amante,
que posea una felicidad más entusiasta
para que pueda elevar al mundo
en un impulso más generoso hacia ti.

Te pedimos este gozo
para los pastores de la Iglesia,
para el papa y nuestro obispo,
para los sacerdotes

y para todos los cristianos,
para aquellos que de un modo especial nos son queridos
y para los que tienen que soportar terribles dolores.
Haz de todos ellos testigos del gozo de Cristo,
reflejo del gozo paterno.

Concede a nuestros hermanos difuntos
la plenitud del gozo celestial:
ya que tú mismo deseas concederles este gozo,
no tardes en hacérselo disfrutar.

Por tu gozo divino, únenos los unos con los otros
en un amor más profundo.
Que la Virgen María,
la primera en recibir la invitación "Alégrate"
y en vivirla por la fe,
nos ayude, con todos los santos,
a regocijarnos en lo íntimo de nuestro ser,
a través de las oscuridades y dificultades,
llenos de fe y de esperanza
en tu presencia beatificante,
hecha más próxima en Cristo eucarístico.

II
VIVIR
LA EUCARISTIA

1

oraciones sobre las ofrendas

OFRENDA

de la persona

Al ofrecerte este pan,
queremos, Padre,
ofrecerte todo lo que somos,
nuestro corazón y nuestra vida,
y te pedimos
que esta ofrenda, unida a la de Cristo,
contribuya a la salvación del mundo.

Al ofrecerte este vino,
queremos, Padre,
ofrecerte toda la capacidad de amar
que nos has dado,
para que nada se malgaste
ni se pierda por el egoísmo,
sino que todo en nuestra existencia
se convierta en amor auténtico
hacia ti
y hacia todos aquellos
a quienes nos mandas que amemos
en Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor.

OFRENDA

de la comunidad

Te presentamos, Padre nuestro,
el pan que nos das
y que se va a convertir en el cuerpo de tu Hijo.
Junto con este pan nos ofrecemos a ti,
no únicamente con gestos individuales,
sino en una ofrenda comunitaria
que nos une mutuamente
y nos hace subir juntos,
por un mismo amor,
hacia ti,
en Jesús tu Hijo, nuestro Señor.

Te presentamos, Padre nuestro,
la copa de vino
destinada a convertirse en la sangre de tu Hijo.
En esta copa en la que no existe la división,
queremos poner la caridad invisible
que nos une y nos compromete
para ser desde ahora artesanos de unidad y de paz
a ejemplo de Jesús nuestro salvador.

OFRENDA

del trabajo

En el pan que te ofrecemos,
queremos presentarte, Padre,
los esfuerzos, los sufrimientos y las alegrías
de nuestro trabajo,
para que todas nuestras actividades
sean un himno
a tu alabanza
y aporten una ayuda espiritual
a la sociedad humana,
en unión de tu Hijo Jesús.

En el vino que te ofrecemos,
que muestra el trabajo
de quienes han labrado la viña,
te presentamos, Padre,
nuestro deseo de hacer fructificar
los talentos que nos has dado,
para que tanto nuestra alma, como nuestro cuerpo,
sirvan con generosidad a la sociedad humana
siguiendo el ejemplo de Cristo nuestro salvador.

OFRENDA

del amor

Padre, he aquí nuestro pan, fruto de nuestro trabajo,
que el amor que movió las manos de quienes lo han hecho
sea el símbolo del amor
que queremos ofrecerte.
Que con este pan suba también hacia ti
todo nuestro corazón
para que, incluido en el amor perfecto de Cristo,
pueda extender por el mundo
el reino de tu caridad.

Aquí tienes, Padre, la copa de nuestro vino,
que la embriaguez del amor
simbolizada en ella,
eleve todo nuestro ser hacia ti.
Que, al convertirse en la copa de la sangre de Cristo,
provoque un desbordamiento de amor
sobre nuestra tierra demasiado árida
y lleve a toda la humanidad
a amarte como te mereces.

OFRENDA

del mundo

El pan que de ti nos viene, Padre,
queremos que vuelva hacia ti
con todo el universo en que vivimos.
Que este mundo salido de tus manos
pueda ser enteramente incluido
en la ofrenda de tu Hijo Jesús
y se convierta así, por la eucaristía,
en un mundo lleno de tu vida y tu santidad.

En la copa de vino que nos has dado
y que elevamos hacia ti, Padre,
queremos ofrecerte toda la creación,
para que pueda llegar hasta ti,
rescatada con la sangre de tu Hijo,
y pueda así recibir de ti
la sublimidad de tu perfección.

2
oraciones eucarísticas

EUCARISTIA

amor descendente

Gracias te sean dadas,
Padre infinitamente amoroso,
por todo el amor
que haces descender hasta nosotros
entregándonos a tu Hijo único,
esa imagen tuya tan perfecta,
y enviándonos el Espíritu Santo,
don que encierra a todos los demás.
Tenemos totalmente a nuestra disposición
tu vida divina,
nos basta abrir el corazón
para recibirla abundantemente.
Al inclinarte hacia nosotros,
quieres derramar en nuestra existencia
todas tus riquezas.
Te damos gracias
por tu generosidad a raudales,
generosidad que nos llena de los más variados dones.
Por eso, con toda la comunidad del cielo
a la que haces saltar de gozo,
cantamos tu alabanza.

Tu bondad es inmensa, Padre amoroso,
incontables son las atenciones de tu amor.
Tu solicitud paternal es irreprochable.
Nunca te arrepientes de las gracias que nos das.

Tú no te has guardado allá en el alto cielo,
Padre que estás por encima de nosotros,
el amor en plenitud que tú poseías.
No lo has guardado en el secreto de tu corazón,
sino que nos lo has querido dar
para que se posesione de todo nuestro ser.

Por la venida de tu Hijo a la tierra,
tu bondad se ha acercado a nosotros
y nos ha hecho sentir,
en los numerosos milagros realizados por Jesús,
tu benevolencia para con todas las miserias humanas
y el poder maravilloso de tu ayuda.

Por el sacrificio del calvario
tu amor ha descendido
hasta el límite extremo del anonadamiento
y nos ha abierto,
en los brazos del salvador extendidos sobre la cruz,
la inmensidad de tu compasión por nuestra miseria.

Tú has querido que este sacrificio
se nos haga presente en todo momento
en el misterio de la eucaristía,
para que en todo tiempo y lugar
tu amor pueda llegar hasta nosotros
del modo más accesible.

Que el Espíritu Santo,
por quien tu amor divino se comunica a los hombres,
descienda sobre nuestra ofrenda de pan y vino
para convertirla en la ofrenda del cuerpo y la sangre de Je-
sús,
fuente de divinización de la humanidad en la caridad.

Después de haber demostrado frecuentemente
durante su vida terrena
cuánto amaba a los hombres, sus hermanos,
Jesús quiso amarlos hasta el fin.
En una última cena con sus discípulos,
tomó pan, lo partió después de dar gracias,
y lo distribuyó diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
entregada en sacrificio por la vida del mundo".
Luego tomó una copa de vino,
y de nuevo, después de dar gracias,
la hizo circular entre los convidados diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es la nueva alianza en mi sangre
derramada por la humanidad.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el misterio del amor.
En tu muerte heroica, Señor Jesús,
en tu triunfante resurrección,
en tu venida en medio de nosotros,
recibimos tu amor sin límites.

Padre, que nos has dado a tu único Hijo
y que con él nos concedes todas las gracias,

ensancha nuestra alma
para que pueda recibir
los múltiples dones que nos envías
con el don que los resume a todos,
el don del Espíritu Santo.
Al darnos el cuerpo del salvador en comida
y su sangre en bebida,
llénanos con tu vida divina
y haz que corra por nuestras venas
la paz y el gozo
que nos hacen sentir tu bondad.

Que esta eucaristía derrame tu amor
en toda la Iglesia de Cristo,
que se lo dé a los pastores,
papa, obispos y sacerdotes,
para que tu corazón paternal
se manifieste en su modo de obrar;
que lo derrame también en cada cristiano
en testimonio de caridad.

Dirige hacia nuestros hermanos difuntos
tu mirada de perdón
que les haga entrar
en la gran dicha
que les has preparado.

Con la Virgen María, siempre abierta a tu acción
y siempre dispuesta para responder a tu llamada,
y con todos los santos,
queremos que nos penetre
la potente fuerza de tu amor
y que nos llene de tus dones.

EUCARISTIA

amor ascendente

Nuestra acción de gracias se eleva hacia ti,
Padre que reinas sobre nuestro mundo.
Acordándonos de tus bondades
y viéndonos envueltos
en tus atenciones paternas,
queremos, para darte gracias,
ofrecerte nuestro ser.
Tu Hijo Jesús ha venido a suscitar entre nosotros
ese gran movimiento de amor
que va de la tierra al cielo;
él es quien eleva nuestra alma
y la llena de un ímpetu filial
para hacerla llegar hasta ti,
deshace el horizonte demasiado pequeño
de nuestros deseos y de nuestras preocupaciones terrenas,
nos abre la puerta de tu corazón divino
y nos asocia en su ascensión hacia ti.
Su voz, incitando a la nuestra,
nos hace cantar
en armonía con el universo
la grandeza de tu bondad.

Eres digno de ser amado,
de ser amado con todo nuestro corazón,
con todo nuestro espíritu y con todas nuestras fuerzas,
Padre nuestro que estás en los cielos,
con tu Hijo Jesús, nuestro salvador,
y con el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Reúnes a tu Iglesia, Padre,
y, animándola con tu amor,
la elevas hasta ti
por esta ofrenda eucarística.

Tú que nos has enviado un salvador,
nos levantas por su medio en todas nuestras caídas,
nos arrastras hacia lo alto
y haces que sin cesar nos esforcemos
para vivir más cerca de ti.

Ya que nos das esta fuerza
en Cristo resucitado,
queremos hacer en su nombre
el gesto de amor supremo,
que para él terminó en resurrección
y para nosotros en vida nueva.

Que el Espíritu Santo se posesione
de nuestro pan y de nuestro vino
para transformarlos en carne y sangre de Jesús,
en una ofrenda
que eleva a la comunidad cristiana
y al mundo entero
hacia la morada
de paz y felicidad.

Antes de volver a ti
dejando la vida terrestre,
Jesús reunió a sus discípulos
en una última cena.

Tomó el pan, te dio las gracias,
luego lo partió y se lo dio a sus discípulos
diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado en sacrificio por la humanidad".
Luego tomó la copa de vino,
llamada copa de bendición,
y después de darte nuevamente gracias,
la pasó diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es la nueva alianza
en mi sangre,
que va a ser derramada por la humanidad.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el misterio del amor.
Celebramos tu amor, Señor Jesús,
el amor por el que te has ofrecido al Padre,
el amor por el que te has dado a los hombres,
el amor que acaba de hacerte presente entre nosotros.

Al aceptar la ofrenda de tu Hijo, Padre,
recibes con mirada acogedora
todas las ofrendas que te vienen de los hombres,
todo lo que depositan en tus manos.

Pides únicamente
que cada una de estas ofrendas,
por pobre que parezca,
sea la expresión de un sincero amor,
el testimonio de un don real del alma.

Para que el amor pueda crecer en nosotros
y subir hasta ti en homenaje,
llena nuestro corazón del Espíritu Santo
por la comunión en la carne y la sangre de Cristo.

Que por esta eucaristía,
toda la Iglesia
sea más amorosa
en cada uno de sus miembros.
Inspira a todos los cristianos,
y especialmente a sus pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
una caridad siempre más generosa.

Admite en el gozo de tu intimidad
a todos nuestros hermanos que han dejado la vida terrestre
y han partido hacia ti.
Haz que se reúnan con la Virgen María y todos los santos,
y a nosotros prepáranos para que nos unamos un día a [ellos.

A los que ofrecemos este sacrificio,
danos la gracia
de marchar siempre
por el camino que lleva a tu morada.

EUCARISTIA

contemplativa

Nuestra acción de gracias que se eleva hacia ti,
quisiera convertirse, Padre infinitamente bueno,
en una pura contemplación de amor.
Ya que en todas tus larguezas
vienes a nuestro encuentro,
queremos descubrirte siempre en ellas.

Ya que en tu Hijo Jesús
te has revelado a nosotros,
queremos captar en el evangelio
los rasgos de tu rostro
y hacerlos vida por nuestra meditación.

Ya que el Espíritu deja oír en nuestros corazones
tu nombre más íntimo de Padre,
cantamos tu alabanza
en unión de todos los santos.

Santo, santo, santo, eres tú, Dios nuestro a quien oramos,
Padre que te has hecho visible en tu Hijo
y que has descubierto tu misterio
por la iluminación del Espíritu
a nuestra mirada contemplativa.

Por tu plan salvífico
has querido entablar con nosotros, Padre,
las más íntimas relaciones de amor,
y nos has dejado penetrar en el abismo infinito
de tu intimidad divina.

Tu Hijo nos ha enseñado
a levantar hacia ti nuestra mirada
de admiración y de alabanza,
a contemplarte en lo secreto,
a reconocer en todas las cosas tu bondad,
a pedirte con confianza
y a recibir de tus manos paternales
cada momento de nuestra existencia.

En una oración de acción de gracias
en que su alma se elevaba hacia ti,
él te ofreció en sacrificio su cuerpo y su sangre
y se lo entregó a sus discípulos.
como alimento y como bebida.

Que el Espíritu Santo, al conjuro
de esta misma oración eucarística,
venga a transformar nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre del salvador.

La víspera de su pasión,
Jesús tomó pan,
y después de dar gracias,
lo partió
para dárselo a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comedlo todos.
Esto es mi cuerpo entregado por vosotros".
Luego tomó la copa de vino,
y después de dar nuevamente gracias,
se la pasó a los discípulos:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es la copa de mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el sacramento de nuestra fe.
Te contemplamos, Señor Jesús,
en la ofrenda de tu sacrificio
y en el triunfo de tu resurrección.
Te contemplamos con la fe
en espera del día
en que te veremos cara a cara tal cual eres.

Te has hecho presente, Señor Jesús,
en medio de nosotros,
para atraer hacia ti nuestra mirada,
nuestro pensamiento y nuestro corazón.

Que por la comunión
de tu cuerpo y de tu sangre,
nuestra contemplación
llegue a ser una asimilación
de tu vida
y de tu amor divinos.

Que la eucaristía haga
a la Iglesia más contemplativa.
Que desarrolle el espíritu de oración
en sus pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
y en todos los cristianos.
Que avive en ellos el deseo
de vivir en la intimidad divina.

Concede la dicha suprema
de la contemplación celestial
a nuestros hermanos y hermanas difuntos.

Que nosotros tendamos hacia esta contemplación
con María la Virgen
y todos los santos,
gracias a una oración cada vez más intensa,
en una adhesión de todo nuestro ser
a ti, salvador nuestro.

EUCARISTIA

perdón de Dios

Debemos darte una inmensa acción de gracias, Padre,
por tan generoso perdón
como has concedido a la humanidad pecadora.

En lugar de vengarte de nosotros
por nuestras numerosas faltas,
nos has tenido compasión
y nos has ofrecido la liberación
de la esclavitud del pecado.
Nos has revelado
la magnanimidad de tu amor
por tu Hijo inmolado en nuestro lugar,
pagando así tú mismo el precio de nuestro rescate.
No cesas de purificarnos
y de restaurarnos en lo secreto de nuestra alma
por el Espíritu Santo que nos has dado.
Por eso, con la Virgen María
preservada por ti de toda mancha,
y con todos los santos
que se han beneficiado de tu perdón,
queremos cantarte:

Te alabamos, Padre, por tu bondad
que nunca se cansa de perdonar.
Te alabamos en tu Hijo
que ha sufrido para hacernos puros.
Te alabamos en el Espíritu Santo
que restaura en nosotros tu imagen.

Tú que te inclinas como un Padre
hacia cada hombre y hacia toda la humanidad,
sientes muy de veras,
en lo profundo de tu amor de padre,
las ofensas de tus hijos pródigos.
Pero como la grandeza de tu bondad
supera con mucho a la de nuestros pecados,
nos llamas a la conversión
y perdonas con gozo
a los que piden compasión por su debilidad.

Tu perdón no es únicamente
olvido definitivo de la ofensa;
cambia además nuestra alma
por la maravilla de una nueva creación
más hermosa que la primera,
donde se nos comunica tu vida divina.

En esta eucaristía
realizas misteriosamente
tu gesto de perdón
poniendo en nuestras manos
la ofrenda redentora de tu Hijo,
para que, ofreciéndonos con él,
cooperemos a la reparación
de las faltas de los hombres.

Envía el Espíritu Santo
para que venga a santificar el pan y el vino
presentados con nuestras manos pecadoras,
y que los convierta
en la oblación perfecta y pura,
oblación del cuerpo y la sangre de Jesús.

En el momento de cargar sobre sus espaldas
el peso de los pecados del mundo
en la agonía de Getsemaní
y en el sufrimiento del calvario,
Jesús instituyó la cena
del perdón, de la reconciliación,
de la amistad que nunca se arrepiente.

Dio gracias por el pan,
y luego se lo pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed todos.
Esto es mi carne
entregada para la vida del mundo".
Dio la misma acción de gracias
por la copa de vino,
y se la pasó diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es la copa de mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna
derramada por la humanidad
en remisión de los pecados.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el sacramento del perdón en la eucaristía.
Anunciamos tu muerte reconciliadora, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección, victoria sobre el pecado.
Acogemos tu venida que nos trae la salvación.

Nos unimos a tu ofrenda,
Cristo, salvador nuestro,
para tener acceso contigo junto al Padre
y recibir su perdón
que nos convierte en seres vivos,
santos con la santidad de Dios.

Por la comunión de tu cuerpo y de tu sangre,
haz que penetre en nosotros tu Espíritu,
para que seamos purificados
de todas nuestras faltas e imperfecciones,
de todos nuestros pactos con el mal,
y que todo nuestro ser
te pertenezca en la verdad y en el amor
hasta en sus más primitivas inclinaciones.

Por el perdón eucarístico,
haz más santa a la Iglesia entera,
más libre para hacer el bien.
Ayuda a los cristianos
a llevar una vida más auténtica y más pura.
Mantén a los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
en su esfuerzo hacia la santidad.

A los hombres que se han separado de ti
y están encadenados por el pecado,
dales la fuerza de volver a ti.
A nuestros hermanos difuntos

que todavía sufren las consecuencias de sus faltas,
dales la plenitud de la libertad
conduciéndoles a la felicidad celestial.

Al llenarnos con el gozo del perdón,
a nosotros y a quienes te recomendamos,
estimula nuestro ardor
para agradarte en todo momento.

EUCARISTIA

acción de gracias

Padre infinitamente bueno,
nuestra alma quiere ser una entera acción de gracias
para cantar tus liberalidades,
pues en ti sólo hay amor y bondad.
Al darnos a tu único Hijo,
tu corazón de Padre se ha abierto enteramente para nos-
y nos da [otros
todo lo que nos puede dar,
todo lo que somos capaces de recibir.

Por tus dones tan numerosos y vitales,
queremos, unidos a ese Jesús que nos ha sido dado,
y elevados por el ímpetu del Espíritu Santo,
unir nuestra voz agradecida
a la de los ángeles y santos:

Gracias te sean tributadas, Padre lleno de amor,
por todo lo que nos has dado.
Gracias te sean dadas en todo momento,
ya que en cada instante nos sacias.
Gracias te sean dadas eternamente,
ya que nos comunicas tu vida eterna.

Tu Hijo nos ha enseñado
a reconocer en el universo
las muestras de tu solicitud paterna:
tú que vistes a las flores
y alimentas a los pájaros,
tú que cuidas con más solicitud aún de los hombres
y te preocupas de sus necesidades.

Jesús nos ha hecho ver principalmente tu amor
en tu plan salvífico,
en la revelación que destinas a los humildes,
en el perdón que das a los hijos pródigos,
en la bondad que escucha nuestras súplicas,
en el don del Espíritu Santo que nunca niegas,
en la vida divina que nos comunicas,
en la presencia maternal de la Virgen María,
en la morada que nos preparas en el cielo.

Toda la vida terrestre de tu Hijo amado
ha sido un himno de alabanza y gratitud
a tu bondad paternal.

Que el Espíritu Santo,
que hizo que Jesús se alegrara en la acción de gracias
y llevara al Padre su ofrenda,
venga a transformar el pan y el vino
en el cuerpo y la sangre del salvador,
para que nos incorpore a su eucaristía.

En la víspera de entregar su espíritu
en las manos del Padre,
Jesús elevó los ojos hacia él para darle gracias,
tomó pan,
lo partió y se lo pasó a sus discípulos diciendo:
"Esto es mi carne,
entregada en ofrenda por la vida del mundo".
Al terminar la cena,
tomó la copa de bendición,
dio nuevamente gracias
y dijo a los invitados:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haced esto en conmemoración mía".

Este es el sacramento de la acción de gracias.
Proclamamos, Padre, tu amor
que ha entregado a tu Hijo en sacrificio
para devolvérnosle lleno de vida
en el gozo de la resurrección.

Te damos gracias, Padre generoso,
por este misterio de redención
y de renovación de nuestro mundo
que acabas de hacernos presente.

Ya que no pones ningún límite
a la abundancia de tus dones
ni a la efusión del Espíritu,
ayúdanos a no poner tampoco límites
a nuestra acción de gracias.

Al llamarnos para que participemos
del cuerpo y la sangre de Cristo,
únenos más íntimamente
a la acción de gracias,
única y perfecta,
de tu Hijo lleno de amor
y a esa disposición fundamental
por la que ha hecho llegar hasta ti
todo lo que había recibido de tu mano.

Que esta acción de gracias
anime a toda la Iglesia,
que arrastre a los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
en un ímpetu más alegre
al servicio del reino,
y que impulse a todos los cristianos
a abrirte el corazón
en un amor sincero.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles la felicidad celestial
para que te puedan dar gracias
eternamente.

EUCARISTIA
don total

Queremos agradecerte profundamente, Padre,
todo lo que nos has dado.
No sólo nos has llenado con tus bienes,
sino que te has dado a ti mismo
realizando la obra de nuestra salvación.
Nos has dado tu amor paternal
enviándonos a tu Hijo,
y nos has comunicado tu vida divina,
derramando en nosotros tu Espíritu.

Por este don completo de la divinidad,
cantamos tu alabanza,
uniendo nuestra voz
a la de María llena de gracia
y a la de todo el mundo celestial
que se alegra porque te posee en plenitud.

Eres santo, eres grande y bueno, Padre,
por el don que nos haces de ti mismo,
por el don de tu Hijo encarnado por nosotros,
por el don del Espíritu Santo que permanece en nosotros.

Nos has llamado, Padre,
a la más generosa entrega,
al pedirnos que te ofrezcamos
en homenaje filial
todo nuestro corazón, nuestro espíritu,
nuestras fuerzas y nuestra vida.

Tú mismo has querido ser el primero en darte,
y lo has hecho sin medida.

Viviendo entre nosotros,
tu Hijo nos ha revelado
la inmensidad de este don.
El, que es modelo insuperable
del don sincero y total,
nos ha traído tu luz divina,
nos ha enseñado las profundidades de tu pensamiento,
nos ha demostrado tu amor divino
que se interesa por todas nuestras miserias humanas
al entregarse por nosotros hasta la muerte.

Por medio de la eucaristía, ha querido
que este don sea puesto en nuestras manos de manera de-
y que no cese de actualizarse [finitiva
en toda época y en todo lugar.

Que el Espíritu Santo,
don divino por excelencia,
descienda sobre nuestro pan y nuestro vino
para convertirlos en el don de toda la humanidad
atraída hasta ti, Padre,
en la carne y la sangre de tu Hijo.

En el momento en que iba a dar su vida
por la salvación de todos sus hermanos,
Jesús reunió a sus dicípulos
en una cena de despedida.
Tomando pan, dio gracias,
lo partió y se lo pasó diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
ofrecido para que el mundo tenga vida".
Luego tomó la copa de vino,
dio nuevamente gracias,
y la pasó a los discípulos diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad
en remisión de los pecados.
Haréis esto en recuerdo mío".

¡Qué grande es el don de Dios
en el misterio de la eucaristía!
Anunciamos tu muerte, Señor Jesús,
don de tu amor supremo,
celebramos tu resurrección,

don de una nueva presencia
que nunca nos será quitada.

Ofreciéndonos con tu Hijo,
queremos entregarnos a ti, Padre,
con todo lo que somos
y todo lo que tenemos.

Que al penetrar en nosotros
por la comunión
la carne y la sangre de Jesús,
el Espíritu Santo nos comunique
la generosidad del salvador
y nos haga capaces
de entregarnos completamente
para la salvación del mundo.

Que por esta eucaristía,
toda la Iglesia
viva más profundamente
el don de sí misma.
Que todos los cristianos
renuncien al egoísmo
y se entreguen más, viviendo para ti
y amándose mutuamente.
Que los pastores, papa, obispos y sacerdotes,
cumplan con su misión
en espíritu de entrega,
de olvido de sí, de disponibilidad.

A quienes amamos
y queremos recomendarte,
concédeles tu gracia
para que progresen en la generosidad de su don.

A nuestros hermanos difuntos
introdúcelos en la felicidad eterna,
donde sólo permanecen el don y el amor.

Y a todos nosotros
ayúdanos a seguir el camino recorrido
por la Virgen María, que se entregó totalmente,
y por todos los santos que nos han precedido,
para que nuestro encuentro final contigo
se produzca en la cumbre del amor.

EUCARISTIA

ecuménica

Nuestra acción de gracias se eleva hacia ti,
Padre de toda la humanidad,
en unión de todos aquellos que,
en la fe cristiana y en la caridad,
te reconocen como Padre de Jesucristo,
y te dan gracias por la inmensidad de tus dones.

Tu amor universal
nos invita a superar nuestras divisiones,
a olvidar toda controversia,
para elevar hasta ti
el homenaje de una oración unánime
donde se puedan expresar
los esfuerzos de buena voluntad
de todos los hermanos separados
hacia la unidad deseada por tu Hijo.

Unimos esta oración
a la de la Virgen María, madre de los creyentes,
a la de todos los hombres
que están ya reunidos para siempre
en la felicidad celestial,
y al himno de todos los ángeles
que te cantan con una sola voz:

Te alabamos por unirnos a ti,
Padre único de todos los creyentes
y de todos los hombres.
Te alabamos por unirnos
en tu vida única, Cristo Señor nuestro.
Te alabamos por reconciliarnos
en tu único amor, Espíritu de bondad.

Al decidir comunicar a los hombres
tu vida divina y tu amor divino, Padre,
los has querido unir entre sí
para integrarlos en la suprema unidad
de la comunidad divina.

Cuando enviaste a tu Hijo a nuestro mundo,
le diste como misión
salvar a la humanidad
de la esclavitud de los odios,
de las controversias y rivalidades.

En la oración sacerdotal
que te dirigió la víspera de su muerte,
Cristo te suplicó
que establecieses en la Iglesia
una perfecta unidad,
parecida a la que le une a ti,

Ofreció el sacrificio de la cruz
para obtener esta unidad;
y en la eucaristía
te es presentado misteriosamente
este mismo sacrificio
a fin de implantar más profundamente esta unidad
en el corazón de todos los cristianos.

Pedimos al Espíritu Santo que transforme nuestra ofrenda
de pan y de vino
en la ofrenda del cuerpo y la sangre de Cristo,
para que esta ofrenda una
en un amor más elevado
a los que aún permanecen separados.

Al reunir a sus discípulos
para una última cena,
Jesús tomó pan, dio gracias,
lo partió y se lo dio diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado para que el mundo tenga vida".
Luego tomó la copa de vino
y dando gracias la pasó diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

El sacramento de la eucaristía es sacramento de unidad.
Tu muerte ha vencido nuestras divisiones, Señor Jesús,
Tu resurrección funda en nosotros la nueva unidad
que nos reúne en un amor definitivo.

Jesús, salvador nuestro,
ya que has sufrido
con el fin de reunir
a los hijos de Dios dispersos,
que tu eucaristía
lance un ultimátum
a todas nuestras divisiones
y nos lleve a vivir unidos.

Que por la comunión
en tu cuerpo y tu sangre,
tu Espíritu de unidad
se posesione de nuestra inteligencia
y de nuestra voluntad,
para que nos obligue a unirnos más íntimamente
a tu mensaje
y nos haga
una sola alma y un solo corazón.

Que ayude a todos los cristianos,
así como a sus pastores,
a tender hacia la unidad.
Que el papa, los obispos y sacerdotes
animen por todos los medios
a alcanzar la unidad en una misma fe
y en un mismo amor generoso.

Que nuestros hermanos difuntos
sean admitidos lo antes posible
en la unidad perfecta del cielo.

EUCARISTIA

con la Virgen María

Te damos gracias, Padre generoso,
por habernos dado
a la Virgen María.
Cuando nos enviaste a tu Hijo,
quisiste que naciera de una mujer
y que por ella perteneciera a nuestra raza humana.
Quisiste que naciera de una virgen
para indicar su filiación divina
en una generación realizada por el Espíritu Santo.
Quisiste que recibiera cariño maternal
en su crecimiento y su educación.
Quisiste que en el momento de su muerte
nos entregara a su madre
para que nos podamos beneficiar
de su amor y de su solicitud maternal.
Con los ángeles y los santos,
que admiran la asombrosa grandeza
de la maternidad de María,
alabamos la maravilla de tu obra:

Te alabamos, Padre, porque has hecho de María
una imagen de tu amor paternal.

Te alabamos, Cristo, porque desde lo alto de la cruz
nos confiaste a tu madre.
Te alabamos, Espíritu vivificador,
porque has obrado las maravillas divinas
en el seno y en el alma de María.

Padre infinitamente sabio,
que has creado al hombre y a la mujer
hechos de carne y espíritu,
y has querido para la redención
el concurso de una mujer,
con su espíritu y su carne,
para la venida y la obra de tu Hijo,
el hombre nuevo.

Llamaste a esta mujer
a abrir el camino de la fe
en Jesús salvador e Hijo de Dios,
y después de haberle pedido
la colaboración en la formación humana
del Verbo encarnado,
no dudaste en reclamarle
la ofrenda de su hijo
en una cooperación llena de amor
para la redención de la humanidad.

Queremos seguir este camino
y comprometernos por esta eucaristía
en el sacrificio redentor,
por una fe total e inquebrantable
en tu Hijo Jesucristo.

Queremos contribuir con nuestra ofrenda personal,
incorporada a la del salvador,
a la creación de una humanidad
más santa y más amante.

Que el Espíritu Santo,
que bajó sobre María
para hacer surgir en ella la presencia de Jesús,
cubra con su sombra este pan y este vino
para hacer surgir en medio de nosotros
la presencia de Cristo
en su carne y su sangre,
lo mismo que con ocasión tan memorable
sucedió en la última cena.

La víspera del día
en el que su sacrificio se consumaría sobre la cruz,
Jesús tomó pan, dio gracias,
lo partió y se lo pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
entregada en sacrificio para la vida del mundo".
Luego tomó la copa de vino,
y dando gracias, la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna.
derramada por todos los hombres.
Haced esto en recuerdo mío".

¡Qué grande es el misterio de la fe!
¡Salve, carne y sangre de Cristo,
formadas milagrosamente
en el seno de la Virgen María,
ofrecidas en su corazón maternal en el calvario,
resucitadas para alimentar y satisfacer la sed de la huma-
[nidad!

Queremos recibirte, Señor Jesús,
en tu venida a nosotros,
como en otro tiempo María te recibió
con un amor puro y generoso,
decidido a darlo todo.

Que, gracias a nuestra comunión
en tu cuerpo y en tu sangre,
la esperanza que en otro tiempo suscitó
en el corazón de tu madre
el mensaje del ángel,
y más tarde tu evangelio,
realice en nosotros
todas tus promesas de salvación,
de resurrección y de amor victorioso.

Que esta eucaristía
reúna más fuertemente a toda la Iglesia
en un movimiento de unidad
en torno a sus pastores,
papa, obispos, sacerdotes.

Ya que has dado a esta Iglesia
a María por madre,
haz que bajo sus influencia maternal
todos los cristianos progresen
en la fe y en la caridad.

A nuestros hermanos difuntos,
protegidos por los ruegos de su madre del cielo.
ábreles las puertas de la felicidad perfecta.

EUCARISTIA

del pueblo sacerdotal

¡Qué deber más imperioso para nosotros!
Todos los cristianos debemos dirigirte una vibrante acción [de gracias,
Padre, que nos llamas
a formar parte de un sacerdocio santo,
verdadero pueblo de sacerdotes
consagrados para establecer en el mundo
tu reino de salvación.
Nos pides a todos
que elevemos hasta ti,
por medio de todas nuestras actividades cristianas,
el sacrificio fundamental
de nuestra vida y de nuestro corazón,
para formar así parte
del coronamiento glorioso del sacerdocio de Cristo.
Con toda la comunidad sacerdotal,
reunida definitivamente en el cielo,
te damos gracias y te alabamos:

Tú eres santo, infinitamente santo,
te alabamos porque nos has hecho entrar
en el misterio de tu santidad

permitiendo compartir
el sacerdocio real de tu Hijo Jesús.

Padre que en tu amor inmenso
estrechas en un abrazo a todos los hombres,
tú nos llamas a todos
a esta celebración eucarística
y quieres que en ella realicemos
un papel activo y personal
en la ofrenda destinada a ti.

Lejos de querer un sacerdocio solitario para Cristo,
le has hecho tal que toda la humanidad puede participar [en él,
y en Jesús das a cada hombre,
como en otro tiempo a María, su madre,
el poder de unirse a su sacrificio
y de darte un culto que te agrada
en espíritu y en verdad.

Al desear que la eucaristía sea la expresión
de nuestra vida más profunda,
pides a cada uno
el acto sacerdotal decisivo:
el don de nosotros mismos según tu voluntad,
un amor que te entrega todo nuestro corazón,
toda nuestra alma, todas nuestras fuerzas.

Que el Espíritu Santo,
al descender en medio de nosotros
para convertir nuestro pan y nuestro vino

en el cuerpo y la sangre de Cristo,
transforme nuestra pobreza y nuestra miseria
en la ofrenda infinitamente rica
de tu Hijo, sacerdote perfecto.

Antes de ofrecer el sacrificio de su vida,
Jesús reunió a sus discípulos
para compartir con ellos el misterio
y hacerles saborear su fruto
en una última cena.

Al comienzo de esa cena,
tomó pan,
te lo ofreció en homenaje
a ti Padre, fuente de todo bien.
lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
ofrecido por la vida del mundo".

Al terminar la cena,
tomó la copa de vino,
llamada copa de bendición,
te la presentó igualmente en homenaje,
y la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad
para remisión de los pecados.
Haced esto en recuerdo mío".
Este es el misterio de la fe.

Cristo sacerdote,
por el sacerdocio que nos comunicas,
proclamamos tu muerte y tu resurrección
y queremos vivirlas contigo
tomando parte en tu ofrenda sacerdotal.

Que al presentar esta ofrenda al Padre,
el Espíritu Santo eleve hacia él
el don de nuestro corazón,
el homenaje de toda nuestra actividad.

Tú que has hecho de tu sacerdocio
un amor heroico,
haz que seamos capaces,
por nuestra comunión
en tu carne y tu sangre,
de seguir el camino de tu generosidad
y de llevar con gozo nuestra cruz
por la salvación de la humanidad.

Asocia más íntimamente
a tu misión sacerdotal
a los pastores de tu Iglesia,
papa, obispos, sacerdotes,
y a todos los que por el bautismo
han sido consagrados
para dar al Padre
el culto de toda su existencia.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles la entrada en el paraíso,
donde puedan saborear
la paz del culto celestial,
donde todo es amor y felicidad.

EUCARISTIA

misterio de amor pastoral

Todo tu pueblo, Señor,
te da gracias
porque le has dado sacerdotes
que hablan en tu nombre
y predican el mensaje del evangelio;
que celebran en conmemoración tuya
el sacrificio eucarístico
y que, como pastores que son,
guían a la comunidad de bautizados.
Por su mediación das a la Iglesia
tu doctrina y tu misterio,
tu presencia vivificadora,
tu amor de guía y de jefe.
Con los ángeles y los santos,
te damos gracias
por haber querido que tu ministerio sacerdotal
se prolongue y se encarne sobre la tierra
en hombres que son tus representantes.

Grande es tu bondad, Cristo Jesús,
por haber dado a compartir tu sacerdocio

y por haber multiplicado su acción
por el ministerio de tus sacerdotes.

Cuando te propusiste salvar a la humanidad,
Padre todopoderoso y misericordioso,
le enviaste a tu Hijo,
quien al encarnarse se convirtió en mediador y sacerdote,
encargado de comunicar a los hombres sus hermanos
tu enseñanza divina,
de llevarles con amor
a las fuentes de la vida,
y de ofrecer para ellos el sacrificio redentor
invitándoles a unirse a él.

Según tu voluntad, Jesús eligió discípulos
a los que dio la misión
de enseñar a las naciones,
de unir, de animar y de gobernar en su nombre
a la fraternidad de los creyentes.
Por su soplo misterioso les confirió
a título más especial
el don del Espíritu Santo,
para darles el poder
de perdonar los pecados,
y principalmente de llevar a cabo el gesto de la cena
por el cual, al ofrecerse a ti, Padre, en acción de gracias,
entregó a todos
su cuerpo y su sangre
como alimento y como bebida de vida eterna.

Antes de consumar sobre la cruz
el sacrificio de su vida,
Jesús tomó pan,
y después de dar gracias,
lo partió y lo distribuyó entre sus discípulos diciendo:
"Esto es mi cuerpo,
entregado en sacrificio por la humanidad.
Tomad y comed".

Luego tomó la copa de vino,
y después de dar nuevamente gracias,
la pasó a sus discípulos diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la nueva alianza
derramada por la humanidad.
Haced esto en recuerdo mío".

Este es el misterio de nuestra fe.
Tu sacerdocio es maravilloso, Señor Jesús,
como también tu ofrecimiento sobre el altar
y el fruto que contiene para todo el mundo.

Tú que, al presentarte en medio de tus discípulos
después de la resurrección,
soplaste sobre ellos
para comunicarles el Espíritu Santo,
ven hoy a nuestro lado
para renovar,
por la efusión del Espíritu,
la consagración de tus sacerdotes
y su misión en el mundo.

Que todos los que ofrecen este sacrificio
se beneficien de este mismo Espíritu;
y por la comunión en tu cuerpo y tu sangre,
llénanos de la santidad y el celo apostólicos.

Te rogamos por los pastores de la Iglesia,
por el papa, los obispos y sacerdotes,
para que cumplan con su ministerio
con espíritu de servicio
y así se transparente en ellos
tu rostro sacerdotal.
Te rogamos por todos los cristianos
para que también ellos vivan su sacerdocio
y sean así corredentores a ejemplo de María
y cooperen con sus pastores
en la extensión del reino.

Te pedimos por nuestros hermanos difuntos:
que esta ofrenda eucarística
les ayude a entrar en la felicidad perfecta
que tú mismo les has preparado.

EUCARISTIA

para un bautizo

Con qué gozo se eleva hacia ti, Padre,
nuestra acción de gracias por el bautismo
que nos da un hermano en Cristo
y hace que brote una nueva vida
llena de esperanza.

Gracias por querer ser el Padre
de cada cristiano en particular
y por introducirle mediante el sacramento
en la comunidad de los discípulos de tu Hijo Jesús,
en la unidad de la Iglesia.

Con todos los miembros de esta Iglesia,
y con todos los ángeles y santos
que se alegran en el cielo
por este nuevo nacimiento,
queremos cantarte sin cesar:

Tu paternidad es maravillosa,
Padre de la familia cristiana.
Maravillosa es la vida que nos das
en el Espíritu Santo
para que formemos hijos
en tu Hijo único.

Padre que estás en los cielos,
desde siempre has escogido a los que destinabas
para ser hijos tuyos
por el bautismo en Cristo.
De ti nos llega esta llamada
a recibir la gracia bautismal,
a renunciar a todo lo que es pecado
y a vivir como verdaderos cristianos.

Has querido que este bautizo sea una inmersión
en la muerte de tu Hijo amado
y en su resurrección,
para que cada bautizado
se llene con plenitud
de tu vida divina.

De este modo se ve en el bautismo
el fruto de toda la obra de salvación
y la generosidad del amor del salvador
que se ofreció en sacrificio
para darnos a todos la misma vida de Dios.

Al hacer presente este sacrificio
por medio del misterio sacramental,
la eucaristía renueva en la Iglesia
la fuente de donde mana el agua del bautismo.

Que al venir a transformar
nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre de Cristo,
el Espíritu Santo anime y perfeccione
la transformación de cada vida humana
en vida del hijo del Padre.

En una cena pascual,
en la víspera de su pasión,
Jesús tomó pan,
dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado para que el mundo tenga vida".
Luego tomó una copa de vino,
y después de dar gracias, la pasó diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es la copa de mi sangre,
sangre de la nueva alianza,
derramada por la multitud
para perdón de los pecados.
Haréis esto en conmemoración mía".

¡Qué grande es el misterio de la vida en la eucaristía!
Celebramos tu muerte, Señor Jesús,
y tu resurrección siempre actual,
para que nos hagan morir al pecado
y renacer a una vida nueva.

Al hacerte presente entre nosotros, Señor Jesús,
quieres vivir no solamente cerca de nosotros,
sino dentro de nosotros,
para así desarrollar en lo más profundo de nuestro ser
la vida que nos has dado por el bautismo.

Que por la comunión en tu cuerpo y en tu sangre
esta vida se desarrolle en una fe firme,
en una esperanza más segura
y en un amor más generoso.

Que tu eucaristía haga crecer
la vida bautismal de los cristianos
por su incorporación a la Iglesia
y su unión a sus pastores,
papa, obispos, sacerdotes.
Que traiga hacia el bautismo
a los que aún permanecen alejados.

Concede la felicidad celestial,
que es fruto supremo de su bautismo en tu nombre,
a nuestros hermanos difuntos.

A cada bautizado que ofrece este sacrificio
hazle saborear más vivamente el gozo
de compartir tu condición de Hijo
del Padre celestial
y de la Virgen María,
de pertenecer a la comunión de los santos
en la unidad del Espíritu de amor.

EUCARISTIA

para una boda

Es justo darte gracias,
Padre de toda comunidad de vida,
por haber instituido el matrimonio,
unión hecha a base de un gran amor mutuo
y fuente de nuevas vidas humanas.

No te contentaste con formar a tu imagen
al hombre y a la mujer.
Quisiste acercarlos
por la unión más íntima
en una comunión de pensamiento y de vida
y en una fecundidad asumida en común,
de tal forma que su amor
lleva la imagen del amor supremo
de la santísima Trinidad.

Por eso queremos alabarte
en unión de toda la familia del cielo,
con María y José unidos en un amor santo
con todos aquellos que el matrimonio
ayuda a elevarse hasta ti.

Tu amor es grande, Padre,
ansioso de multiplicar tus hijos.
Tu amor es grande, Señor Jesús,
eleva a los esposos
a un afecto más noble.
Tu amor es grande, Santo Espíritu,
amor que hace obra espiritual
en la unión de la carne.

Desde los orígenes de la humanidad, Padre,
quisiste reforzar
con tu voluntad divina
el lazo que establece el matrimonio
entre los esposos.

Cuando enviaste a tu Hijo,
quisiste poner en él
el fundamento y el modelo
de la unión matrimonial:
él amó a la humanidad
con el amor tierno de esposo,
y su unión con la Iglesia
hizo que el matrimonio cristiano
fuera un misterio de santidad,
de amor redentor y de salvación.

En calidad de esposo
enseñó el camino del don completo de sí
en el servicio y en el sacrificio;
anunció la alegría
del banquete de boda
de su reino
y se lo hizo saborear
a sus discípulos.

En la eucaristía
quiso proporcionar a todos los cristianos
la participación en este sacrificio y en esta alegría.

Que el Espíritu Santo
venga y haga de nuestro pan y de nuestro vino
el cuerpo y la sangre de Cristo
para hacer presente el misterio
de la boda de Dios con la humanidad.

En una última cena antes de su muerte,
Jesús, después de tomar pan, dio gracias,
lo partió y se lo dio a sus discípulos con estas palabras:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
entregada por vosotros".
Luego tomó la copa de vino,
y se la pasó a sus discípulos
después de dar gracias:
"Tomad y bebed.
Esta es la copa de mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

¡Qué grande es el misterio de la alianza en la eucaristía
Te damos gracias, Señor, por la alianza
que se realiza con el sacrificio de tu muerte,
y que se hace fecunda en el resplandor
de tu resurrección.

Te damos gracias, Señor Jesús,
por hacerte presente
a esta familia que se ha reunido en torno tuyo.
Por medio de la eucaristía
realizas de una manera más viva tu promesa:
"Donde dos o tres están reunidos en mi nombre,
allí estoy yo en medio de ellos".

Por la comunión en tu cuerpo y en tu sangre,
queremos recibir esta presencia
más profundamente en nosotros,
para realizar mejor
en nuestra familia
el ideal del amor,
de la unión y del buen entendimiento,
de la solidaridad y de la mutua solicitud.

Que esta eucaristía
contribuya a derramar en toda la Iglesia
un espíritu de familia:
que dé a los pastores,
al papa, a nuestro obispo, a los sacerdotes,
la gracia de dar ánimo y de unir
a la familia que les ha sido confiada;
que ayude a las familias cristianas
a vivir en el gozo de la unidad.

Concede a nuestros hermanos difuntos
la gracia de unirse lo antes posible
a la gran familia de los elegidos.

Que la Virgen María,
Madre de la Iglesia y de los cristianos,
nos prodigue su benevolencia maternal
y nos haga sentir más y más
la dulzura de vivir unidos
junto a Cristo nuestro Señor.

Al crear al hombre y a la mujer,
hiciste surgir en sus corazones
la maravilla del mutuo amor
y el deseo de la fecundidad
en la edificación del hogar.

Cuando tu Hijo vino a nosotros,
nació dentro de una familia
y allí creció,
recibiendo el cariño de María y José,
y permaneciéndoles sumiso por amor.
De ese modo santificó el destino
de todas las familias humanas.

Más aún, ofreció su vida
para que todos los hombres
formaran una gran familia,
feliz de tenerte por Padre
y unida por un afecto indestructible.

Que el Espíritu Santo, Espíritu de amor,
venga a cambiar nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre de salvador,
para transformar cada familia humana
en un núcleo de amor divino.

En una última cena
en la que Jesús reunió a sus discípulos en torno a sí
como amigos y hermanos,
tomó pan,
dio gracias y lo partió
para dárselo, al tiempo que decía:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado para que el mundo tenga vida"
Al terminar la cena, tomó la copa de vino
y, dando nuevamente gracias,
la pasó diciendo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haced esto en recuerdo mío".

Este es el misterio de la eucaristía.
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús,
y tu vuelta triunfante entre nosotros
como jefe de la familia humana.

Tú que en cierta ocasión, en Caná,
solucionaste el banquete de una boda
gracias al vino milagroso de tu amor,
traes ahora un vino más maravilloso aún,
e incomparablemente mejor,
pues quieres santificar el matrimonio
haciendo que corra en él la gracia del sacramento
y asegurándole una felicidad duradera.

Que al beber de este vino,
que es tu sangre portadora de embriaguez divina,
y que al alimentarse con su carne
por la comunión,
los esposos puedan vivir
con un amor que supera todas las vicisitudes
y pueda así triunfar de todas las pruebas
la felicidad conyugal.

Que esta eucaristía contribuya
a que en este mismo amor vivan todos los cristianos,
los que están unidos por el lazo del matrimonio
y los llamados a seguirte
por el camino del celibato.
Que los comprometa más profundamente a todos
con sus pastores, papa, obispos y sacerdotes,
en la boda espiritual de Cristo y su Iglesia.

Concede a nuestros hermanos difuntos
la felicidad más elevada,
la que consiste en poseerte
en el festín de la boda eterna.

EUCARISTIA

en familia

Te damos gracias, Padre nuestro
que estás en los cielos,
porque has creado las familias humanas
a imagen de la familia divina
y porque has querido
que vivan en un clima de amor y de gozo.
Por esta manifestación de tu bondad,
elévanos hacia ti,
uniéndonos a la numerosa familia celeste
de los ángeles y los santos
en un himno de gratitud.

Te damos gracias, Padre, por este maravilloso invento
que es cada familia humana.
Te damos gracias por el amor que se une a sus miembros
y por el don de sí que en ellas florece.
Te damos gracias por la felicidad de los hogares dichosos
y por la ayuda que concedes a los hogares desgraciados.
Te damos gracias por los tesoros de afecto
que nos vienen de tu corazón de Padre.

EUCARISTIA

para la consagración religiosa

Nuestra gratitud se eleva hacia ti, Padre,
por el amor gratuito que nos has demostrado
al llamarnos a una vida totalmente consagrada.

Te damos gracias por habernos invitado a compartir,
en la entrega total de nuestro corazón
y de nuestras fuerzas,
la consagración de tu Hijo Jesús
para comprometernos así más profundamente
en su misión salvadora.

Gracias porque nos das la fuerza,
por el Espíritu Santo,
para responder a la llamada
y poner a tu disposición
todo nuestro ser y todo nuestro obrar
para el desarrollo de tu reino.

Por la belleza y grandeza de esta vocación,
queremos cantarte
en unión de los ángeles y de los santos:

Eres santo, Padre,
y quieres hacernos santos a tu imagen.
Nos consagras a ti en tu Hijo
por el Espíritu de santidad.

Te alabamos, Padre,
por la unidad que estableces entre nosotros,
al hermanarnos por el Espíritu Santo
en Cristo nuestro Señor.

Cuando creas, Padre todopoderoso,
a la multitud de los seres humanos,
quieres hacer de ellos una comunidad
que reconozca tu paternidad universal.

Al venir a nosotros,
tu Hijo estableció en una comunidad
a los que llamó en pos de sí
en previsión de la institución y del desarrollo
de su Iglesia.

Para promover este desarrollo
y darle nuevo impulso,
el Espíritu divino ha inspirado
la formación de numerosas familias religiosas
que ayudan al pueblo de Dios
en su caminar hacia la santidad.

La eucaristía establece diariamente
la unidad de estas comunidades,
hace presente el sacrificio redentor,
fuente y reconciliación de paz,
alimenta con una fuerza divina
a los que viven tan cerca unos de otros
para que su caridad triunfe de todos los obstáculos.

Que el Espíritu Santo,
al transformar nuestro pan y nuestro vino
en el cuerpo y la sangre de Cristo,
cambie nuestra asamblea humana
en comunidad fuertemente unida en Cristo.

En la víspera de su muerte,
Jesús quiso establecer entre sus hermanos
una unidad imperecedera.
En una última cena,
en la que calmó las discusiones
haciéndose el más humilde de todos,
tomó pan, y dando gracias,
lo partió y se lo pasó diciendo:

"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo entregado por vosotros".

Luego tomó la copa de bendición,
copa única que pasaba de invitado en invitado,
y dando gracias por la promesa de unidad
que contenía,
la entregó diciendo:

"Tomad y bebed todos.
Esta es la copa de mi sangre,
sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

oblación de una vida dedicada a tu servicio,
ofrenda de nuestro celibato,
de nuestra pobreza,
y de nuestro amor fraterno,
de nuestra vida comunitaria
y de todas nuestras fuerzas comprometidas en el apostolado.

Por la comunión en tu carne y en tu sangre,
haznos capaces
de vivir integralmente esta consagración,
y de permanecer fieles a ella
hasta el momento del encuentro final contigo.

Que esta eucaristía
obtenga del Padre, dueño de la cosecha,
la multiplicación de las vocaciones en la Iglesia
y que conceda a todos los que son llamados
la gracia de responder generosamente.
Que confirme en su consagración sacerdotal
a los pastores de la Iglesia,
papa, obispos, sacerdotes;
que dé fuerzas a todas las almas consagradas
en su afán de santidad y de testimonio;
que anime a todos los cristianos
a vivir en plenitud la consagración
de su bautismo y de su confirmación.

Concede a nuestros hermanos difuntos
la felicidad inefable
de gozar en el cielo de tu presencia,
en unión de la Virgen María
y de todos los santos que ya se deleitan con esta posesión.

EUCARISTIA

para una comunidad religiosa

El Espíritu Santo eleva nuestro espíritu hacia ti, Padre,
en un himno de acción de gracias,
porque nos has reunido
en una comunidad de amor
en torno a tu Hijo Jesús.
Te damos gracias por haber querido que existiera
este hogar de amor,
signo y testimonio
de la caridad de la Iglesia.

Para promover la unión de todos los hombres
en la unidad divina,
haces que vivamos juntos
conforme al espíritu evangélico.
A pesar de nuestras diferencias
y de la diversidad de nuestros temperamentos,
nos ofreces la gracia
de no tener más que un solo corazón y una sola alma.

Por eso, con la comunidad celeste de ángeles y santos,
queremos cantar
la fuerza de tu amor que une.

Recibe la ofrenda que te dirigimos, Padre,
porque en ella queremos poner
toda el alma que nos has dado.

Tu Hijo nos ha enrolado en su seguimiento,
nos ha pedido que abandonemos todo por él,
que vivamos en el celibato
para dedicar a su reino
todo nuestro corazón y todas nuestras actividades;
que caminemos en pobreza,
que pertenezcamos a una comunidad
que guía con su autoridad
y de la que él es el lazo de unión permanente;
que obedezcamos a los que son sus representantes
y que desarrollemos en nosotros
una intensa vida fraterna.

Quiere reanimar por la eucaristía
el ímpetu de nuestra entrega
asumiéndola en la ofrenda única
que hace de sí mismo
para la salvación del mundo.

Que el Espíritu Santo
venga a transformar
el pan y el vino que presentan nuestras manos
en carne y sangre
de Cristo virgen, pobre,
amante y obediente

La víspera del día
en que iba a entregar su espíritu
entre tus manos, Padre,
Jesús reunió a sus discípulos
para una última cena.
Tomó pan
y después de darte gracias,
lo partió y se lo dio diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi carne
entregada para la salvación del mundo".

Luego tomó una copa de vino,
dio nuevamente gracias,
y se la pasó diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es mi sangre,
sangre de la alianza nueva,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la santidad.
Proclamamos tu muerte,
término de tu consagración, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección,
inauguración de la santificación del universo.

Estás aquí presente en nuestra eucaristía,
Señor Jesús,
para presentar al Padre,
por medio del Espíritu Santo,
la oblación que nos une a ti,

¡Qué grande es el misterio de la unidad!
Anunciamos tu muerte reconciliadora, Señor Jesús.
Celebramos tu resurrección,
que hace de nuestra humanidad un único hombre nuevo.

La ofrenda que de ti mismo haces
y la presencia que nos otorgas
por esta eucaristía, Señor Jesús,
nos ayudan a reformar nuestra comunidad
y le dan fuerzas para la unidad.

Por la comunión en tu cuerpo y en tu sangre,
haz que penetre en nosotros
tu Espíritu de caridad,
y estimule nuestro celo
a trabajar por la mutua comprensión,
para que nuestra comunidad realice,
por medio de la ayuda fraterna y colaboración,
por el perdón y la estima recíprocos,
por la puesta en común de lo material y espiritual,
la misión que tú le has dado.

Que esta eucaristía
extienda en toda la Iglesia
un reino de paz inalterable.
Que ayude a los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
a ser apóstoles de la unidad,
y que dé a todos los cristianos
una gracia mayor
para unirse por el amor.

Que nuestros hermanos difuntos
saboreen la felicidad
de la perfecta comunión de vida
de los que te poseen para siempre.

Que la Virgen María y todos los santos,
deseosos de recibirnos también a nosotros
en esta comunión,
nos apoyen en nuestro esfuerzo
de amor fraterno.

Concede la felicidad
de un descanso eterno
a los que han terminado por la muerte
su trabajo en la tierra.

Por nuestro trabajo,
asumido y ofrecido con el tuyo,
llévanos a la casa del Padre.

EUCARISTIA

por la ciudad terrestre

Es bueno darte gracias,
Padre de la comunidad humana,
por la ciudad terrestre
que tú quieres que construyamos contigo
para que sea la imagen y el preludio
de la ciudad celeste.

Te damos gracias porque has querido
que la sociedad de los hombres
fuera la imagen de la familia divina,
y por haber introducido en ella
la fuerza sin límites del amor
que tu Hijo ha venido a darnos.

Has querido que todo lo que vive sobre la tierra
formara parte de tu reino;
quieres establecer tu felicidad
en cada una de nuestras ciudades
como un anticipo de la ciudad perfecta,
cuya sorpresa final la reservas para la otra vida.

El modelo más elevado que nos ha dado
es el trabajo realizado por nuestra salvación
al precio de una entrega completa,
de grandes fatigas
y de un sacrificio extremo.
Ha querido comunicarnos
el fruto de este trabajo
por la institución de la eucaristía.

La víspera de su pasión
Jesús tomó el pan
que le venía del trabajo de los hombres
y de la mano todopoderosa del Padre,
dio gracias,
lo partió y lo distribuyó a los discípulos:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado para que el mundo tenga vida".
Luego, al terminar la cena,
tomó el vino
que habían producido conjuntamente
la acción divina creadora
y el trabajo humano,
dio gracias y dijo:
"Tomad y bebed.
Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza,
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio del trabajo en la eucaristía.
Recordamos tu muerte, Señor Jesús,

Proclamamos tu resurrección,
triunfo del trabajo realizado por ti
para alcanzarnos la salvación.

Aquí estás presente, Señor Jesús,
con tu cuerpo de trabajador
formado en el seno de la Virgen María
y ofrecido para la formación de un mundo nuevo.
Vienes a estar en medio de nosotros
para terminar tu trabajo
de transformación y de divinización
de nuestra comunidad humana.

Que por nuestra comunión
en tu carne y tu sangre
tu obra progrese en nosotros
con toda su amplitud y eficacia
y nos cambie gracias a la plenitud del Espíritu
soberanamente operante y vivificador.

Haz más fecunda por medio de esta eucaristía
la obra de la Iglesia,
y el trabajo espiritual de los pastores,
del papa, los obispos y sacerdotes,
el trabajo de los que dedican sus fuerzas
a una misión apostólica,
y el trabajo de todos los cristianos,
el trabajo de todos los hombres
y de todas las mujeres del mundo.

EUCARISTIA

ofrenda del trabajo

Nuestra acción de gracias sube hacia ti,
Padre deseoso de compartir tus dones,
porque has querido asociar
nuestro trabajo al tuyo
en el desarrollo de nuestro mundo.

Nos has confiado la tarea
de conquistar el mundo material,
para así poder ofrecértelo.
Al crear al hombre a tu imagen,
le has hecho capaz de actuar,
le has dado la responsabilidad
de buscarse su sustento
y su bienestar terreno,
le has dotado con facultades de invención y reflexión
para que su trabajo, como el tuyo,
sea ingenioso y eficaz.

Has querido que todo este trabajo
lo asuma y lo transforme tu Hijo hecho uno de los nuestros,
para que lo convierta en homenaje de amor
a tu sabiduría y a tu bondad paternales.

Por eso te alabamos
con todos los que están ya en el cielo.

Eres grande en todas tus obras, Padre,
grande en el trabajo de tu Hijo
y en la obra del Espíritu Santo,
grande en los esfuerzos de toda la humanidad.

Te admiramos,
Padre de una actividad desbordante,
que nunca cesas de trabajar por nosotros,
que nos creas en todo momento
y que provees a todas las necesidades de nuestra existencia.

Ya que tú nos has llamado
a unir nuestro trabajo tan imperfecto
a tu trabajo divino,
queremos parecernos más a ti
en todo lo que hacemos.

Tu Hijo Jesús nos ha enseñado
la nobleza de todo trabajo humano,
principalmente del trabajo humilde y escondido.
Aunque nos ha revelado tu providencia paternal
y nos ha exhortado a pedirte
nuestro pan de cada día,
nos ha invitado con su ejemplo de Nazaret
a no economizar esfuerzos,
y nos ha recomendado con su doctrina de amor
a contribuir generosamente
en el mejoramiento de la posición de todos los hombres.

Por eso, con todos los que forman parte
de la ciudad terrestre y la celeste,
te cantamos:

¡Qué grande es tu obra, Padre, en nuestras ciudades!
¡Qué grande es tu amor que las construye!
¡Qué grande es el poder de Cristo
que las reconcilia contigo!
¡Qué grande es la energía del Espíritu Santo
que las transforma y santifica!

Cuando por tu bondad hacia nosotros, Padre,
nos enviaste a tu Hijo
mandándole que habitara en medio de nosotros,
hiciste una mansión divina
de nuestras moradas terrenas.

Reuniendo en torno suyo
a los que quieren adorarte
en espíritu y en verdad,
Jesús fundó la Iglesia
e instauró al mismo tiempo
un principio nuevo de vida
para las ciudades terrenas.

Al reconciliar a los hombres contigo, Padre,
y al reconciliarlos entre sí,
les dio la posibilidad
de edificar cada vez mejor su sociedad
en el amor y en la paz,
de renunciar a la guerra y a la violencia,
de progresar no sólo en la conducta moral
y en el acercamiento de los espíritus,
sino también en la búsqueda del bienestar material.

Para comunicarles esta gracia,
se entregó a sí mismo en sacrificio,
víctima de la injusticia,
y fuente, gracias a su bondad,
de una sociedad menos cruel, más justa, más amante.

Que el Espíritu Santo,
al santificar el pan y el vino,
para hacer de ellos el cuerpo y la sangre de Cristo,
incorpore a la ofrenda del salvador
la oblación de todo nuestro ser
para que progrese la suerte de la humanidad.

Deseando saciar el hambre más fundamental de los hom-
y avivar sin cesar [bres
el amor entre sus discípulos,
Jesús, en vísperas de su muerte,
quiso, en una última cena,
darse a sí mismo como alimento y bebida.

Tomó pan, dio gracias,
lo partió y lo pasó diciendo:
"Tomad y comed".
Luego tomó la copa de vino,
y después de una acción de gracias,
la pasó diciendo:
"Esta es mi sangre,
la sangre de la nueva alianza,
derramada por la humanidad.
Tomad y comed.
Haréis esto en conmemoración mía".

Misterio de la eucaristía, misterio del amor divino
por la miseria humana.
Señor Jesús,
celebramos tu muerte y tu resurrección,
inauguración de un mundo nuevo.

Haz que formemos parte de tu ofrenda,
salvador del género humano;
llénanos del Espíritu de amor
para que nos comprometamos
a socorrer todas las miserias
que se nos presenten,
las del cuerpo, más visibles,
y las más escondidas de las almas.

Por la comunión en tu cuerpo y en tu sangre,
desarrolla nuestro entusiasmo
para que demos a conocer tu mensaje de felicidad
y llevemos el testimonio
de tu amor siempre dispuesto
a aliviar a los desdichados.

Que esta eucaristía
contribuya a movilizar a la Iglesia
en la misión liberadora
que le has confiado.
Que anime a todos los cristianos
a ayudar a los hermanos desheredados.
Que dé a todos los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
un nuevo impulso
en la promoción del progreso social,
al mismo tiempo que del desarrollo de la fe.
Que alcance para nuestros hermanos difuntos
la entrada en la felicidad definitiva.
Que con la intercesión de María,
pobre siempre dispuesta a socorrer a los pobres,

EUCARISTIA

fuente de ayuda al desarrollo

Te damos gracias, Padre,
por habernos hecho responsables
de la ayuda para el desarrollo de nuestros hermanos
y por habernos pedido,
por tu precepto de la caridad,
que contribuyamos con todas nuestras fuerzas
al progreso material, moral y espiritual
de la humanidad.

Por la eucaristía
en la que tu Hijo se ofrece en sacrificio
para que triunfe el amor
y para la construcción de un mundo mejor,
nos pones ante nuestras responsabilidades
y nos invitas a que nos preguntemos
sobre los esfuerzos que hacemos
para correr en ayuda de nuestro prójimo.

Antes que nada queremos darte gracias
por esta benevolencia para con todos los hombres
y por esta llamada a la colaboración.

Gracias, Padre, por venir en ayuda
de las numerosas miserias humanas.
Gracias, Señor Jesús, por haber dado tu vida
para elevar a los hombres a un destino más feliz.
Gracias, Espíritu divino, por inspirar en nuestros corazones
un amor de dimensiones universales.

Padre celestial,
tú has querido darnos la salvación para el espíritu
y la vida eterna
enviando a tu Hijo a salvar al mundo.
Y has querido establecer sobre la tierra
un reino de santidad
derramando en ella el Espíritu Santo.

Con todo, tu providencia nunca deja de lado
nuestra situación material
ni nuestras necesidades terrenas.

Por el mensaje del evangelio
nos pides que nos acerquemos a todos los que sufren,
que reconozcamos la presencia de tu Hijo
en el menor de nuestros hermanos
y que ayudemos a cada uno de ellos
en la medida de nuestras posibilidades.

Danos con la eucaristía la capacidad
de hacer un gran esfuerzo de amor
en beneficio de quienes tienen mayor necesidad.

Que el Espíritu Santo,
al descender sobre el pan y el vino
para transformarlos en la carne y la sangre de Cristo,
haga presente esta oblación única
para la renovación de nuestras ciudades.

La víspera del día de su muerte,
Jesús instituyó un alimento nuevo
para el desarrollo de una ciudad nueva.
Tomó pan
y, después de una acción de gracias,
lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:
"Tomad y comed.
Esto es mi cuerpo
entregado por vosotros".
Luego tomó una copa de vino,
dio nuevamente gracias, y la pasó diciendo:
"Tomad y bebed de ella todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la nueva alianza,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".
Este es el misterio de la comunidad eucarística.

Señor Jesús, anunciamos tu muerte y tu resurrección,
muerte de la humanidad antigua
y nacimiento de la nueva humanidad.

Vienes en medio de nosotros
por tu eucaristía, Cristo salvador nuestro,
para animar con tu presencia
y con el resplandor de tu amor
la vida de nuestras ciudades.

Por la comunión en tu cuerpo y en tu sangre,
haznos capaces
de contribuir más generosamente
a la edificación de una sociedad mejor
donde reinen la justicia y la paz.

Que esta eucaristía aumente en la Iglesia
y en cada cristiano
el celo para emplearse a fondo
en hacer de la ciudad terrena
una morada acogedora,
más feliz para todos.
Que disponga a los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
para extender en el pueblo
que les ha sido confiado,
un espíritu de caridad y de servicio
que mejore el clima de las relaciones sociales.

Concede a nuestros hermanos difuntos
la entrada en la ciudad de la felicidad del cielo
revelándote plenamente a ellos
y admitiéndolos en la compañía
de la Virgen María y de todos los santos.

y las súplicas de todos los santos,
apresure la llegada
de un mundo más feliz,
donde los bienes de la tierra,
así como los del cielo, estén mejor distribuidos
en provecho de todos.

EUCARISTIA

en la prueba

Es bueno que nuestra acción de gracias
suba hacia ti, Padre soberano,
incluso cuando la prueba nos ha alcanzado
y el sufrimiento nos resulta difícil de soportar.
Entonces nos puede venir la tentación de no creer
ya en tu benevolencia infinita
y de ceder a un impulso de sublevación
acusándote de cruel.
Pero tú nos das tu gracia
para reconocer en el dolor
la visita de tu amor:
vienes a nosotros para hacernos más generosos
y asociarnos a la gran obra de redención
de tu Hijo Jesús, nuestro salvador.
Te alabamos por tu plan misterioso
que desea que seamos redentores con Cristo
con nuestro sacrificio íntimo;
en unión de los que en el cielo
ven y gustan el fruto de sus pruebas,
proclamamos tu bondad divina.

Tú nos amas, Padre,
en medio de todos nuestros sufrimientos;
todo lo que nos viene de ti es amor.
Tú nos unes, Señor Jesús, a tu sacrificio.
Tú elevas nuestra alma, Espíritu Santo,
por una ofrenda total.

Tu providencia es irreprochable,
Padre de sabiduría misteriosa,
y no existe sufrimiento alguno
que no esté destinado para hacer a la humanidad
mejor y más santa.
Según tu intención divina,
cada pena de este mundo
debe desembocar en una alegría mayor.

Cristo nos ha revelado tu misericordia,
tu compasión por todos nuestros dolores,
cuando curó
todos los males que encontraba en su camino
y cuando cambió tantas tristezas
en himnos de alegría.

Al iniciar el camino de su pasión,
reunió en su corazón y en su alma
todo el sufrimiento del mundo
para darle una fecundidad maravillosa.
Alcanzó el culmen de la miseria
para llenar ese vacío
con la plenitud de la vida divina
y para que de las lágrimas
surgiera una nueva felicidad.

Este paso del sufrimiento a la alegría
se lo hizo posible a sus discípulos en todo momento
gracias a la ofrenda eucarística.

Que el Espíritu Santo descienda
sobre nuestra ofrenda de pan y vino,
para convertirla en la ofrenda
del cuerpo y la sangre de Jesús
y para unirnos a su pasión
y a su resurrección.

En la última cena,
donde comió la pascua con sus discípulos,
Jesús tomó pan
y dando gracias al Padre,
lo partió y lo distribuyó diciendo:
"Esto es mi carne
ofrecida para la vida del mundo".
Luego tomó la copa de vino,
y después de la acción de gracias,
la pasó a los convidados diciendo:
"Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio del sacrificio eucarístico.
Recordamos tu dolorosa pasión.
Saludamos con júbilo tu gloriosa resurrección.
Esperamos, Señor Jesús, tu venida al fin de los tiempos,

venida que transformará toda la pena del mundo
en felicidad eterna.

Al venir a nosotros,
Cristo que tanto has sufrido,
nos invitas a contemplar
en tu cuerpo glorioso
las llamas de la crucifixión
para enseñarnos de ese modo
cómo todas nuestras heridas
se cambiarán en alegría triunfal.

Por la comunión en tu cuerpo y en tu sangre
nos introduces ya desde ahora
en ese triunfo,
y llenas nuestros corazones,
tan sensibles a los sufrimientos,
de fuerza y esperanza.

Qué esta eucaristía ayude a toda la Iglesia
a soportar con valentía su pasión,
que dé a sus pastores,
al papa, a los obispos y sacerdotes,
consuelo en sus tribulaciones,
y que fortalezca a todos los cristianos
en su caminar bajo el peso de la cruz.

Que alcance para todos nuestros hermanos difuntos
el fin de todo sufrimiento
y la entrada en la felicidad sin límite.

Que en nuestro caminar
tras los pasos de la Virgen María
y todos los santos,
nos ayude a vivir
con un amor cada vez más auténtico
la ofrenda de nuestras pruebas
para la salvación del mundo
y el aumento de la Iglesia.

EUCARISTIA

cara a la muerte

Te damos gracias,
Padre y Dios de vivos,
porque has hecho de nuestra muerte humana
la fuente de nueva vida.

Al asociar la muerte de cada hombre
a la de tu Hijo Jesús,
le das el máximo valor
de un acto redentor,
fecundo para toda la Iglesia,
y haces de ella un camino que conduce
a la feliz inmortalidad.
La muerte nos hace oír
la llamada de tu amor de Padre
que desea recibir a sus hijos
para que le acompañen
y se alegren en su intimidad.

Por eso, con los ángeles
y todos los que
han pasado de la muerte a la vida que no perece,
cantamos tu alabanza.

Tu poder es grande, Padre,
pues aseguras el triunfo de la vida sobre la muerte.
Grande es tu amor, Señor Jesús,
pues has cargado con el peso de nuestra muerte.
Grande es tu don, Espíritu vivificador,
pues haces brotar en nosotros una vida imperecedera.

Te alabamos, Padre,
porque nos has creado para la eternidad
y porque nos has dado,
con la certeza de la muerte,
la esperanza aún más cierta
de una vida más bella junto a ti.

Con su encarnación,
tu Hijo ha hecho de la muerte
un homenaje de obediencia
y de abandono filial en tus manos.
Se volvió hacia ti con la confianza plena
de resucitar con más vida que nunca.

Unió a este sacrificio a sus discípulos
para que también ellos puedan saborear
la alegría de su triunfo.

Al mandarles, por medio de la eucaristía,
que anuncien su muerte,
ha querido elevarles
por encima de su propia muerte
hasta una vida más alta.

Que el Espíritu Santo
venga a cambiar el pan y el vino
de nuestra vida mortal
en la carne y la sangre de Jesús,
alimento y bebida de vida eterna.

Cuando poco antes de su muerte,
Jesús celebró con sus discípulos
una última cena de amor,
dio gracias por el pan,
lo partió y se lo pasó diciendo:
"Esto es mi cuerpo
entregado para la salvación del mundo".
Luego dio gracias por el vino
y lo pasó a los comensales diciendo:
"Esta es mi sangre,
la sangre de la alianza nueva y eterna,
derramada por la humanidad.
Tomad y bebed".
Y añadió: "Haréis esto en conmemoración mía".

Este es el misterio de la vida en la eucaristía.
Al celebrar tu muerte, Señor Jesús,
recibimos tu vida triunfante
para nosotros y para todos los hombres.

Vienes a nuestro encuentro,
Señor Jesús,
porque no eres inaccesible
al dolor que nos ocasiona la muerte
de los seres amados,

tú que lloraste
por la muerte de tu amigo Lázaro
y compartiste el dolor
de Marta y María,
antes de cambiarle en gozo
por el milagro de la resurrección.

Llénanos de tu energía divina
por la comunión de tu cuerpo y de tu sangre,
para que podamos soportar todo dolor
y vivir más cerca de los que nos han dejado.

Que esta eucaristía
derrame esperanza
en toda la Iglesia,
en el corazón de los cristianos
afligidos por el dolor
de haber perdido un ser querido,
en el alma de los pastores,
papa, obispos, sacerdotes,
encargados de dar a todos
tu consuelo divino
y la certeza de tu victoria sobre la muerte.

A nuestros hermanos difuntos
concédeles la felicidad
que les has preparado desde hace tanto tiempo.
Que sean felices
con la gracia de tu posesión,
como la Virgen María
y todos los santos.

EUCARISTIA

misterio de resurrección

Te damos gracias,
Padre, fuente de vida,
por el gran acontecimiento
de la resurrección de Cristo.

Al hacer que tu Hijo resucitara,
le diste
la victoria definitiva sobre la muerte.
Al darle abundantemente el poder de tu vida divina,
quisiste comunicar
a toda la humanidad
tu propia vida eterna
y hacernos también a nosotros
vencedores de la muerte.

Con todos los que en el cielo
han obtenido ya de Jesús resucitado
la felicidad de su inmortalidad,
y con todos los que en la tierra
viven ya de su eternidad,
cantamos el himno de tu gloria.

De ti nos viene la vida, Padre,
vida que regenera a la humanidad.
En ti está la vida, Señor Jesús,
muerto y resucitado por nosotros.
Tú nos das la vida,
Espíritu que vivificas nuestros corazones.

Te alabamos, Padre,
por la feliz solución
que has dado al drama redentor.

Cuando nos enviaste a tu Hijo,
le llevaste hasta la muerte
y la muerte de cruz,
para que de este desastre humano
surgiera el triunfo divino
y para que nuestro salvador resucitara
animado de nueva vida,
destinada a cambiar
nuestro universo caduco.

A los que amaban a Jesús y estaban tristes
por haberle perdido,
les diste el gozo de verle nuevamente,
un gozo que ya nadie
les podrá quitar,
pues el Señor resucitado
está siempre con nosotros
hasta el fin de los tiempos.

Para que esta presencia
penetre más profundamente

en nuestro espíritu y en nuestro cuerpo,
y para que la resurrección
no cese de alimentarnos,
has querido que se nos dé
en la eucaristía
por la fuerza del Espíritu Santo.

La víspera de su muerte,
sabiendo que iba a resucitar,
y queriendo comunicar ya a sus discípulos
el misterio de su vida gloriosa,
Jesús instituyó un nuevo alimento.
Tomó pan,
y dando gracias al Padre,
lo partió y lo distribuyó diciendo:
"Tomad y comed de él todos.
Esto es mi cuerpo
ofrecido para que el mundo tenga vida".
Luego tomó una copa de vino,
por el que dio gracias,
y la pasó diciendo:
"Tomad y bebed todos.
Esta es mi sangre,
la sangre de la nueva alianza,
derramada por la humanidad.
Haced esto en recuerdo mío".

¡Qué grande es el misterio de la vida!
Anunciamos tu muerte, Señor Jesús.
Nos alegramos con tu resurrección.
Recibimos en nosotros tu vida triunfante
hasta tu venida al fin de los tiempos.

Cristo resucitado,
así como en otro tiempo
te presentaste
a tus apóstoles atónitos
e hiciste que te reconocieran
en la fracción del pan,
así ahora vienes a nosotros
con tu carne llena de vida
y nos haces que descubramos por la fe
la realidad de tu presencia.

Que el Espíritu Santo de que estás lleno
nos invada
por la comunión de tu carne y tu sangre
y haga resurgir en nosotros
la vida de tu resurrección.

Derrama con profusión esta vida
en toda la Iglesia,
para que se extienda más y más
con un amor muy fuerte y radiante.
Que esta misma vida haga fecunda
la actividad de los pastores,
papa, obispos y sacerdotes,
y que el testimonio
de todos los que han recibido
por tu triunfo glorioso
el nombre de cristianos,
sea más generoso y más eficaz.

Que logren la vida más alta
con la felicidad de tu posesión,

os que has llamado a ti por la muerte
para compartir con ellos tu resurrección.

Reúneles con la Virgen María,
tan próxima a ti por su asunción,
y con todos los santos
que disfrutan, por ti, de una felicidad perfecta.

Que vivan más ardientemente en ti
los que ofrecen este sacrificio,
desarrolla en ellos una esperanza sin límites
para que se alegren con el gozo pascual.

3
glosando el "Padre Nuestro"

Padre nuestro, que estás en los cielos

I

Ya que eres nuestro,
que nos perteneces como Padre
y que pones tu omnipotencia
al servicio de tus hijos,
haz que seamos los testigos de tu perfección,
de tu santidad, de tu amor divino.
Ya que te das a todos nosotros,
reúnenos en una familia
donde reine una excelente hermandad.
Estimula nuestro celo
para que te roguemos todos juntos
y para que trabajemos en común
en el servicio de tu reino.

II

Somos felices porque te tenemos como Padre.
Tú que eres nuestro Dios eterno y soberano,
te has querido acercar a nosotros
abriéndonos tu corazón paternal
y haciéndonos hijos tuyos.
Ilumina nuestro corazón
para que te corresponda con el amor filial
que esperas de nosotros,
y haznos dignos de ti
ayudándonos a imitar tu perfección.

santificado sea...

I

Que tu nombre de Padre
sea reconocido y venerado,
ya que en él se expresa el amor más elevado
y más íntimo
que desciende de Dios a la humanidad.
Que este nombre se pronuncie
con un sincero amor filial,
con confianza y abandono,
por todos los que son hijos tuyos.
Que el Espíritu Santo
lo grabe en nuestros corazones
y que resuene como la afirmación
de nuestra dignidad de hijos y herederos.

II

Que tu nombre venga a nuestros labios
en un deseo de agradecimiento,
en una adoración en espíritu y en verdad,
en un homenaje de amor.
Haz que descubramos
en tu nombre de Padre
el misterio de una santidad que es bondad
y de un poder que es dulzura.
Que este nombre nos arrastre hacia ti
y que siempre tengamos el deseo
de proclamarle
en lo secreto de nuestra alma.

venga tu reino...

I

Que tu reino se propague en nuestro mundo,
que le dé tu luz,
para que guíe hacia ti a todos los hombres,
que establezca en nuestro modo de obrar
la ley suprema de tu amor.
Que implante en todas las naciones
un reino de justicia y de amor,
que reconcilie a todos los hombres,
ponga fin a las violencias y a las guerras
y establezca una paz duradera
donde todos gocen de mayor libertad
para servirte y amarte.

II

Que toda la humanidad forme un reino
que te reconozca como Padre.
Que los que aún te ignoran
aprendan, por el evangelio,
a conocerte y amarte.
Que los indiferentes sean atraídos hacia ti,
y los que permanecen hostiles
sean desarmados por tu bondad.
Que la Iglesia de tu Hijo
reúna cada vez más a los hombres
en la unidad de la fe,
de la esperanza y del amor.

hágase...

I

Padre, que tu voluntad
se cumpla en nuestra vida.
Prepáranos para que veamos en todo nuestro modo de obrar
cuál es tu voluntad,
y luego, cuando ya la hayamos conocido,
ayúdanos a cumplirla fielmente.
Que comprendamos que en tu amor de Padre
no quieres más que nuestro bien,
y que debemos tener confianza
en todo lo que deparas a nuestra existencia.
No nos dejes ceder a las quejas y a las rebeldías,
que nos sintamos felices haciendo lo que tú quieres,
con la certeza de que el camino que nos trazas
es siempre el mejor.

II

Que aceptemos tu voluntad, Padre,
en todos los momentos de nuestra vida.
Cuando esa voluntad nos parezca poco comprensible
y nos resulte costosa,
haz que nos fiemos de tu amor
y de tu sabiduría tan superior a la nuestra.
Danos fuerzas para acudir
con alma siempre dispuesta
al cumplimiento de tus planes
y haz que nuestra vida transcurra pacífica y fecunda
gracias al buen entendimiento de nuestra voluntad con la
[tuya.

el pan nuestro de cada día dánosle hoy

I

De ti esperamos, Padre, el pan para hoy.
Trabajaremos para ganar ese pan,
conforme nos lo has mandado,
pero también queremos recibir de tus manos
todo lo necesario para la subsistencia.
Cuida con tu providencia
de todas nuestras necesidades,
de las que conocemos y de las que ignoramos.
No nos proporciones únicamente el pan para el cuerpo,
sino también el alimento para el espíritu
y el alimento de la vida eterna.

II

Mejor que nosotros conoces, Padre,
nuestras necesidades actuales.
Provee a nuestra vida
dándonos tu pan,
el pan que pide nuestro cuerpo
y también el que necesita nuestra alma.
Por medio del pan eucarístico,
danos una fuerza
capaz de afrontar todas las dificultades
y de resolver todos los problemas
de nuestra existencia diaria.

perdónanos nuestras deudas

I

Borra nuestras faltas, Padre misericordioso,
pues conoces nuestra debilidad
y la miseria profunda de nuestra alma.
Te pedimos perdón
por todo el mal que hemos hecho,
por todas las acciones
que nos han alejado de ti.
Sabemos que tu bondad nunca duda
a la hora de perdonar completamente;
y te pedimos que nos des fuerzas
para corregir en lo sucesivo nuestro modo de obrar
y así poder agradarte en todo.

II

Ante ti estamos, Padre, nosotros los pecadores.
Ves que somos incapaces de pagar nuestras deudas
y de expiar nuestras faltas.
Perdona todas nuestras ofensas
con la gratuidad de tu amor
mirando a tu Hijo en la cruz.
Purifica nuestras imperfecciones,
líbranos de nuestras debilidades
y recrea nuestra alma
con tu santidad divina,
para que en el futuro podamos amarte más
porque nos has perdonado más.

como nosotros...

I

Tú que nunca cesas de perdonar, Padre,
inspíranos una actitud tan generosa como la tuya.
Ayúdanos a saber perdonar desde el fondo de nuestro co-
en seguida y sin reservas, [razón,
todas las molestias que nos puedan venir
y todos los males que podamos padecer.
Enséñanos a vencer
las tentaciones del odio
y a no vengarnos
de los que nos han ofendido
más que haciendo el bien.
Queremos agradarte obrando siempre
con una perspectiva de reconciliación y de paz.

II

Para perdonar nuestras faltas,
quieres que también nosotros perdonemos
a los que nos han ofendido.
Líbranos de la sed de venganza,
de nuestros rencores y de nuestros odios;
danos un alma grande,
feliz olvidando lo que le ha herido
y siempre pronta a entablar buenas relaciones
con los que son nuestros hermanos.
Enséñanos a saber perdonar incondicionalmente,
inmediata y completamente,
y a saber ser más clementes
con los que nos han hecho algún agravio.

no nos dejes caer en la tentación

I

Tú que conoces nuestra debilidad, Padre,
no permitas que sucumbamos
a las seducciones del mal.
Haznos fuertes en las luchas del espíritu
mediante la gracia de Cristo
que ha vencido todas las tentaciones
y que alienta todas las luchas de su Iglesia.

II

Ven en nuestra ayuda, Padre,
cuando nos aceche la tentación.
No permitas que nuestro enemigo
triunfe en nuestro corazón.
Ya que te pertenecemos,
guárdanos en tu amistad
y haznos una fortaleza
capaz de resistir los asaltos del mal.
Que comprendamos cada vez mejor
que en ti está nuestro bien, nuestra felicidad,
y que fuera de ti
no hay más que vacío y decepción.
Ayúdanos con tu fuerza divina
a salir victoriosos
en las luchas que mantenemos por ti.

líbranos del mal

I

Tú que eres quien nos libra del mal, Padre lleno de bondad.
Líbranos de todas las tendencias pecaminosas
que aún anidan en nosotros,
líbranos de nuestro egoísmo y de nuestro orgullo,
de la esclavitud de nuestras pasiones.
Anima en nosotros el deseo
de vivir siempre en tu amor,
en la dulzura y en la humildad,
siguiendo el modelo de tu Hijo Jesús,
y fortalece nuestra voluntad
para que siempre pueda
hacer el bien manteniéndose adherida a ti.

II

Ya que no dudaste, Padre,
en enviar a tu Hijo a la muerte
para rescatarnos del pecado,
líbranos de toda influencia del mal.
Líbranos de todo lo que nos hace esclavos
y de todo de lo que nos aleja de ti.
Líbranos del apego a nuestro propio yo,
de nuestros malos deseos.
Que seamos libres
viviendo en la verdad
y estando siempre llenos de la fuerza de tu amor.
Que gracias a esta libertad suprema
podamos elevar nuestra alma hacia ti
y ayudar a los demás
a marchar por el camino del bien. Así sea.

4
oraciones para antes de la comunión

I

Señor, tú conoces mejor que nosotros
nuestra ruindad.
Conscientes de ello,
queremos acercarnos a ti
con una confianza ilimitada,
convencidos de que
vendrás a remediar nuestra debilidad
y a elevarnos por encima de nosotros mismos
para que vivamos únicamente de ti.

II

Ya que tú nos inspiras el deseo, Señor,
de recibirte en la comunión,
ven a saciar nuestra hambre y nuestra sed de ti,
para que, poseyéndote más íntimamente,
podamos amarte
con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas.

III

Señor, tú que tienes el maravilloso poder
de curar el alma al mismo tiempo que el cuerpo,
ven a librarnos,
por la comunión,
de todas nuestras enfermedades,
y haz de cada uno de nosotros
un hombre nuevo a tu imagen.

IV

Por tu cuerpo dado como alimento
y por tu sangre dada como bebida,
ven y llénanos, Señor,
con una vida nueva y eterna,
ven e ilumínanos
con la llama de tu amor divino
y establece para siempre
tu presencia en nuestro corazón.

CONTENIDO

Presentación 7

I. DESCUBRIR LA EUCARISTÍA 11
Eucaristía, ofrenda 13
Eucaristía, servicio 17
Eucaristía, misterio redentor 23
Eucaristía, respuesta a la llamada 27
Eucaristía, alianza 31
Eucaristía, compromiso con el mundo que sufre ... 36
Eucaristía de los pobres 41
Eucaristía de la filiación divina 46
Eucaristía en el Espíritu Santo 50
Eucaristía en la fe 56
Eucaristía en la esperanza 60
Eucaristía en la caridad 65
Eucaristía en la luz 70
Eucaristía en la paz 75
Eucaristía en la unidad 80
Eucaristía, nueva creación 86
Eucaristía, expansión del reino 91
Eucaristía, salvación del universo 95
Eucaristía, misión en el mundo 99
Eucaristía en el gozo 103

II. VIVIR LA EUCARISTÍA 109

1. *Oraciones sobre las ofrendas* 110
Ofrenda de la persona 111
Ofrenda de la comunidad 112
Ofrenda del trabajo 113
Ofrenda del amor 114
Ofrenda del mundo 115

2. *Oraciones eucarísticas* 116
Eucaristía, amor descendente 117
Eucaristía, amor ascendente 121
Eucaristía contemplativa 126
Eucaristía, perdón de Dios 130
Eucaristía, acción de gracias 135
Eucaristía, don total 139
Eucaristía ecuménica 144
Eucaristía con la Virgen María 149
Eucaristía del pueblo sacerdotal 154
Eucaristía, misterio de amor pastoral 158
Eucaristía para un bautizo 162
Eucaristía para una boda 166
Eucaristía en familia 171
Eucaristía para la consagración religiosa 176
Eucaristía para una comunidad religiosa 181
Eucaristía, ofrenda del trabajo 186
Eucaristía por la ciudad terrestre 191
Eucaristía, fuente de ayuda al desarrollo 196
Eucaristía en la prueba 201
Eucaristía cara a la muerte 206
Eucaristía, misterio de resurrección 210

3. *Glosando el "Padre nuestro"* 215
Padre nuestro, que estás en los cielos 216
Santificado sea tu nombre 217
Venga a nosotros tu reino 218
Hágase tu voluntad 219
El pan nuestro de cada día, dánosle hoy 220

Perdónanos nuestras deudas 221
Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores ... 222
No nos dejes caer en la tentación 223
Líbranos del mal 224

4. *Oraciones para antes de la comunión* 225